
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL DUQUE DE LA MUERTE NEGRA
BURTON HARE

La sangre corría como un torrente en torno al cuerpo. Barry Ferman se levantó tambaleándose, histérico de excitación. Del cuchillo goteaba sangre, y la había también en sus manos y en los pantalones. La sangre que empapaba la tierra.

Se quedó mirando cómo ella seguía desangrándose, destrozada a acuchilladas. La horrenda expresión de su cara parecía fascinarle hasta el extremo de que perdió la noción del tiempo.

Entonces, no sabía cuánto tiempo después de su crimen, oyó el chirrido metálico, y volviéndose vio espantado cómo la reja que cerraba el panteón se abría hacia afuera.

Boqueó ante aquello. Quiso huir y sus piernas siguieron clavadas allí, como sujeto por la fuerza colosal de un gigante.

Después, empezó el horror.



Burton Hare

El Duque de la Muerte Negra

Bolsilibros: Selección Terror - 231

ePub r1.0

Karras 20-01-2019

Título original: *El Duque de la Muerte Negra*
Burton Hare, 1977

Editor digital: Karras
ePub base r2.0



Índice de contenido



ſt
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando la sangre moje esta tierra maldita, riegue el surco de la Vieja Muerte, un poder tan antiguo como el demonio despertará de nuevo a la vida para extender la muerte que no es muerte, La Muerte Negra.

Escrito de un viejo pergamino

Las zonas pantanosas de Nueva Inglaterra, en los días que la niebla se eleva como un oscuro sudario, tienen reflejos irreales, misteriosos, en los que podría esperarse que aparecieran trasgos y brujas, monstruos y demonios como en las viejas leyendas medievales.

Son tierras apenas visitadas por algunos cazadores.

O por lo menos lo eran cuando aún se encontraba caza en ellas.

La agricultura había fracasado debido a las periódicas inundaciones, y a que debido a la constante humedad del suelo la tierra tardaba meses en volver a un estado más o menos sólido.

Quizá eso explicaría el abandono de Karpat Point.

Quizá.

Había sido un pueblo de unos mil habitantes. Como la mayoría de esos pueblos, había tenido sus comercios, sus bares, su sala de baile con los billares atrás, su iglesia, escuela…

Barry Ferman sabía todo eso porque en una expedición de caza, casi un año antes de esa noche, había pasado por la abandonada y desierta población.

Ahora, volvía.

Y volvía acompañado de la muchacha.

Conducía el coche por la estrecha carretera apenas transitable, sumergida en el bosque que se abría delante de los faros del potente Buick como un decorado que desfilara a gran velocidad.

La muchacha comenzaba a preocuparse seriamente.

—Pero, bueno —exclamó cuando el coche remontó una ligera cuesta y más allá apareció otra masa negra de bosque, sombría como un mal sueño—. ¿Adónde vamos? No he oído nunca que por aquí haya diversiones.

Él ladeó la cabeza y la miró. Sus ojos, ahora, tenían una mirada que a Patsy no le gustó nada.

—Te divertirás —dijo con voz ronca—. Nunca en tu vida te habrás divertido tanto… Espera y verás.

—Oye, Barry, mejor demos la vuelta y regresemos.

—No.

—¡Pero si no hay nada por esta parte de los bosques!

—Hay un pueblo. Se llama Karpat Point.

Ella dio un respingo.

—¿Karpat Point? —exclamó sobresaltada—. Siempre, te oí decir que es un lugar abandonado, casi en ruinas. Además, la gente cuenta cosas extrañas de Karpat Point.

—Tonterías.

—Quiero volver a casa, Barry.

—¿No te gustan las emociones fuertes, preciosa?

Ella se irguió en el asiento.

—¡Maldito seas, Barry! —chilló—. Olvidas que puedo hundirte con sólo proponérmelo. Para el coche, ¿lo oyes?

Él aceleró un poco más, a riesgo de romper la suspensión en los saltos provocados por los baches.

—No vamos a volver, nena —dijo—. Nos divertiremos en grande… por lo menos yo.

—Barry…

—¡Deja de repetir lo mismo una y otra vez!

Ella sintió el primer ramalazo del pánico. Creyó comprender lo que él se proponía y por unos instantes pensó arrojarse fuera del auto.

Luego, luchó por serenarse. Siempre había sabido manejar bien a ese estúpido…

—Escucha —dijo controlando su voz—. Tú y yo nos entendemos

bien, Barry. Pasamos buenos ratos juntos…

—Y me exprimes hasta el último centavo que gano.

—Bueno, eso puede cambiar.

—Tú no cambiarás nunca, pequeña zorra. Cuando hincas el diente ya no sueltas la presa.

—¡Maldita sea! ¿Y qué esperas arreglar de este modo? Aunque me mataras, eso te llevaría de cabeza a la horca.

Él rió entre dientes. El coche tomó una curva a demasiada velocidad y estuvo a punto de salirse de la carretera y estrellarse contra los árboles.

Consiguió controlarlo y aflojó un poco la marcha.

Sabía que después de la siguiente curva a la derecha, había un puente casi en ruinas, y más allá estaba el pueblo.

—¿Lo oyes, idiota de los demonios? —vociferó Patsy, asustada hasta el tuétano—. Si me haces el menor daño, una carta que tengo depositada en un lugar seguro llegará a la policía.

—Ese truco es demasiado viejo. Ya nadie lo cree.

—¡Para el coche, Barry!

El redujo la velocidad para entrar en el puente. No estaba muy seguro que las tormentas no lo hubieran acabado de hundir…

Pasó por él despacio, oyendo crujir el viejo maderamen bajo las ruedas. Luego, volvió a acelerar hasta distinguir los sombríos edificios abandonados.

—Ya llegamos —cacareó—. Verás el lugar más divertido de tu vida.

A ella le castañeteaban los dientes. El auto entró en la calle desierta y al instante un extraño frío se apoderó de sus miembros.

—Vámonos, Barry…, vámonos de aquí. ¿No sientes el frío?

—¿Qué frío? Hace una noche espléndida.

—Todo está muerto… esas casas…

—Sólo están abandonadas. Cuando estuve la última vez, incluso encontré el bar como si estuvieran a punto de empezar a servir a los clientes. Me harté de beber gratis. No entiendo cómo las gentes lo abandonaron sin llevarse nada…

—¡Mira, allí!

—¿Dónde?

—Ya no se ve… Había alguien en esa esquina que hemos pasado.

—Un fantasma —se mofó Barry.

Atravesó todo el pueblo, remontó una ligera cuesta y detuvo el coche.

Se volvió en el asiento y se quedó mirando a la muchacha con unos ojos que despedían chispas.

—Hemos llegado al fin del viaje —anunció—. Durante dos años me tuviste amarrado, sujeto, sin soltarme.

—Pero lo hemos pasado bien. Y podemos seguir igual… No volveré a pedirte dinero, te lo juro.

—No es sólo el dinero que ahora me sacas. Es el que podrías arrebatarme después… cuando me haya casado con Mirtha Harriman.

Patsy se quedó helada.

—¿Con esa ricachona? —estalló—. ¡Si podría ser tu madre!

—Ya lo sé, pero quizá después sufra un accidente… Y si yo me caso con ella, tú querrás el dinero… tanto dinero como tendré en las manos.

—No, no te juro que no…

—Baja del coche. Ya me has exprimido bastante.

El pánico la paralizaba. Él se inclinó ante ella, abrió la portezuela y de un salvaje empujón la tiro sobre la hierba. Después se apeó él.

—Desde que maté a aquel vagabundo, tú me has tenido en un puño amenazándome con delatarme… Bueno, se acabó.

—Barry, te ahorcaran. ¡Juro que te ahorcaran!

—No, nena. Lo más difícil de un crimen es hacer desaparecer el cadáver. Si no hay cadáver no hay crimen, no hay acusación, no hay nada. Tú vas a desaparecer. Mira a tu alrededor.

Ella se levantó temblando. Miro en torno y soltó un grito, porque estaban en un antiguo cementerio.

A pesar del pánico de la muerte, otro miedo más profundo la invadió de pronto.

—¿Comprendes, nena? —rechinó él, hundiendo la mano en el bolsillo—. Vi este lugar hace un año. Desde entonces lo he planeado todo… Hay un viejo panteón ahí a la izquierda. Reposarás con sus inquilinos, maldita sanguijuela.

Sacó la mano y en ella brillo el acero de un cuchillo.

Patsy dio media vuelta y echo a correr, chillando.

Tropezó con una lápida y cayo. Sobre ella se precipito Barry Ferman, gruñendo y riendo como un loco.

—¡No, Barry…!

Él levantó el cuchillo por encima del cuerpo de la muchacha. Sujeta bajo el peso de su cuerpo estaba completamente inerte.

—¡Todo lo que he ganado en dos años… te lo embolsaste para tener cerrada la boca! —barbotó—. Me has sangrado hasta el alma, zorra… maldita zorra del demonio…

El cuchillo descendió como un rayo. La muchacha intentó esquivarlo y lanzó un rodillazo hacia arriba.

Barry no pudo contener un gruñido de dolor y falló el golpe. El acero sólo rasgó la piel del costado de la ágil muchacha, que consiguió escabullirse y echar a correr de nuevo.

—¡No irás lejos, maldita! —rugió el hombre, corriendo tras ella.

Delante de Patsy surgió la mole de un enorme panteón. Él la atrapó justo cuando se disponía a rodearlo, y esta vez el cuchillo se enterró en su espalda hasta la cruz.

Con un aullido de muerte, Patsy cayó, dando tumbos hasta chocar contra la pared del panteón.

—¡Grita, perra, grita! —bramó el asesino, dejándose caer a horcajadas sobre ella—. ¡No hay nadie en cien millas a la redonda…!

Los ojos velados y desorbitados de Patsy aún vieron alzarse el cuchillo de nuevo. Lo miró despavorida, llena de dolor. Luego él descargó el golpe y el fuego del infierno ardió en las entrañas de Patsy, que no pudo ni gritar.

Sintió otros golpes salvajes, y la negrura de la muerte la libró del dolor y del pánico. Los últimos machetazos ya sólo hirieron un cuerpo sin vida.

La sangre corría como un torrente en torno al cuerpo. Barry Ferman se levantó tambaleándose, histérico de excitación. Del cuchillo goteaba sangre, y la había también en sus manos y en los pantalones. La sangre que empapaba la tierra.

Se quedó mirando cómo ella seguía desangrándose, destrozada a acuchilladas. La horrenda expresión de su cara parecía fascinarle hasta el extremo de que perdió la noción del tiempo.

Entonces, no sabía cuánto tiempo después de su crimen, oyó el chirrido metálico, y volviéndose vio espantado cómo la reja que

cerraba el panteón se abría hacia afuera.

Boqueó ante aquello. Quiso huir y sus piernas siguieron clavadas allí, como sujeto por la fuerza colosal de un gigante.

Después, empezó el horror.

CAPÍTULO II

Wayne Terry paseó la mirada por las mareantes curvas de Audrey y sonrió.

—Me gustaría seducirte —dijo placenteramente—. Y lo haría si pensara que tengo una sola oportunidad contigo.

—¿Y cómo sabes que no la tendrías en caso de intentarlo?

—Porque no soy ningún tonto.

Ella se recostó en el asiento y sorbió un poco de su frío *gimlet*. Sonrió y sus ojos hicieron diabluras al fijarlos en el rostro curtido de Wayne.

—De vez en cuando, a una mujer la gusta ser seducida. ¿Comprendes?

—Sí, lo sé, pero en tu caso la cosa cambia. Incluso pienso que si lo nuestro llegara a buen término, el seducido sería yo. Eres una mujer demasiado fuerte, sabes lo que quiero decir.

—¿Habría mucha diferencia entre una cosa y otra? Si el resultado fuera el mismo…

—Una diferencia abismal, diría yo. Nunca tuve la menor simpatía por lo que los europeos llaman príncipe consorte.

Audrey se echó a reír con alegría.

Él añadió:

—Te aseguro que cuando hablo de que eres una mujer fuerte no me refiero a tu fortaleza física. El hecho de que hayas cazado tigres en la India o leones en África no tiene nada que ver. Tu fortaleza es de otra clase.

—Tú no eres precisamente un hombre débil. Además, resultas muy atractivo para mí.

—Vas a conseguir que me sonroje. ¿Imaginas que yo apareciera en esas revistas donde tu hermosa cara suele alegrar las páginas de

chismes? Ya veo los titulares. «*Oscuro polizonte en la órbita de millonaria aventurera*». O algo así. Mis jefes me tirarían por la ventana.

—Me pregunto qué es lo que temes en realidad, si a tus jefes o a mi fortuna…

—Si yo quisiera hacer una frase, ahora diría que a quien más temo es a tu padre.

Un estirado camarero sorteó los divanes que envolvían las pequeñas mesas y se inclinó ceremoniosamente.

—Perdón, señorita Golden… Llaman al señor Terry por teléfono. Cabina número tres, señor.

Wayne esbozó una mueca de disgusto.

—¿Te das cuenta? Esta es una de las cosas que le dejan a uno debatiéndose en la humillación. Los camareros de estos lugares de lujo delimitan las diferencias sociales con la precisión de una computadora. Te piden disculpas a ti por interrumpir, no a mí, que a fin de cuentas es a quien llaman. Decepcionante.

—Wayne, a veces eres un payaso.

—Sí, ya sé… Discúlpame un momento.

Se dirigió al teléfono y gruñó por el auricular:

—Aquí Wayne Terry. ¿Qué ocurre?

—Oiga, Wayne, he perdido un siglo localizándole.

—Si mal no recuerdo estaba libre de servicio.

—Ya no lo está. Venga a mi despacho cuanto antes.

—Escuche, capitán…

—Es importante. No hubiera roto sus escarceos con esa dama millonaria si no lo fuera.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Disgustado, regresó a la mesa.

—Debo irme —dijo—. Lo siento.

—Oh, Wayne…, si apenas hemos pasado una hora juntos.

Él la miro al fondo de los ojos.

—Audrey, creo que dejaré de frecuentar tu encantadora compañía un día de estos. Haces que conciba unas esperanzas que no estarán nunca al alcance de mi mano.

Hizo una seña al estirado camarero. Le entregó unos billetes y trató de detener a la muchacha cuando se levantaba.

—No necesitas abandonar este palacio encantado —gruño—. Es

a mí a quien reclaman.

—Venimos en mi coche. Te llevaré.

—No me seduce la idea de viajar otra vez en ese cohete espacial…

El coche era un modelo fuera de serie de dos plazas, largo y estilizado. Wayne calculaba que no costaría menos de cuarenta mil dólares y tratar de calcular el tiempo que él necesitaba trabajar para ganar esa suma, le ponía enfermo.

La muchacha acelero tan pronto hubo apartado el auto de la acera. El motor zumbo y el coche salió disparado como una bala.

Wayne comento.

—Como policía debería ponerte siete multas cada cien metros… ¿Es que no puedes conducir como las personas normales?

—¿Qué ves de anormal en mí, teniente?

—¡Maldita sea! No hemos aplastado una multitud sólo porque la gente tiene el sentido común de apartarse a tiempo.

Llegaron ante el edificio policíaco y ella paro con un chillido de frenos. El guardia que estaba en la puerta dio un respingo.

—Te veré a la noche —dijo Audrey—. Recuerda que me prometiste cenar juntos, hoy.

—Si aún no has aprendido a desconfiar de las promesas de los hombres, no me sorprendería que tuvieras más de un desengaño. Te llamaré, según lo que resulte de mi reunión con el jefe.

Inclinándose sobre ella, le rozó los labios con un beso breve y ligero.

La muchacha soltó un resoplido, y sujetándole la cara estampó su boca contra la de él con tanta fuerza que casi quedaron tumbados en el asiento.

Teniendo en cuenta que era de día, que el coche era descapotado, que la acera estaba llena de gente y que el guardia de la entrada estaba mirándoles, fue toda una demostración.

Wayne saltó del coche como si flotara.

—Repite eso y me detendrán por asalto en plena calle —rezongó.

Esperó a que ella arrancara con una sacudida que elevó el morro del bólido, y luego entró en la jefatura.

El guardia de la puerta dijo:

—Si yo estuviera en su lugar, señor, me limpiaría la cara… Están

esperándole arriba, ¿sabe?

Se frotó los labios con el pañuelo, entró en el ascensor y subió al cuarto piso. Llamó a la puerta y, empujándola, entró en el despacho del capitán Mantell.

Se detuvo en seco al ver que el capitán estaba acompañado por un hombre viejo, de cabellos grises y revueltos, que le miró muy interesado…

—Lo siento, pensé que estaría usted solo, señor —se disculpó.

—Entre y cierre la puerta. Estábamos esperándole, Wayne. Siéntese.

Lo hizo al lado del hombre viejo. Sin esperar la presentación del capitán, el desconocido dijo:

—Soy el doctor Weinbaum, teniente. Me alegra conocerle.

Se estrecharon las manos. El capitán Mantell completo la presentación:

—El doctor Weinbaum es el nuevo director del sanatorio del Estado, en los Cerros.

—Muy bien, me satisface conocerle; pero ¿qué tiene que ver conmigo? Les aseguro que yo no necesito tratamiento psiquiátrico alguno.

—No haga chistes, Wayne —bufó Mantell—. El doctor le necesita.

—¿A mí?

—¿Recuerda usted a un pobre hombre llamado Ed Clarke?

—Seguro. Le detuve hace años. Estaba loco y le encerraron en ese manicomio.

El médico terció:

—¿Recuerda también por qué le detuvo?

—Bueno…, creo que recibimos una orden de captura contra él. Se sospechaba que estaba en la ciudad y las autoridades estatales querían capturarlo.

—Mató a una mujer. A su mujer.

—Sí, algo de eso recuerdo, lo malo fue cómo la mató.

—Bien, ahora quiere hablar con usted. Está sumamente grave y en un estado de excitación espantoso. Insiste en que sólo hablando con usted se calmará.

—¿Por qué conmigo?

—No lo sé. Tal vez confía en usted. O quiere reprocharle haberle

detenido hace cinco años, uno nunca sabe lo que se agita en la mente de esos esquizofrénicos furiosos. Aunque la verdad es que yo no he visto un solo síntoma furioso en ese hombre, pero hay que tener en cuenta que sólo llevo un mes a cargo del sanatorio.

Wayne se encogió de hombros.

—Si puedo ayudarle en algo, doctor, no tengo ningún inconveniente en ver a ese hombre. A menos que el capitán ordene lo contrario, claro.

—¿Por qué diablos cree que le llamé? Vaya con el doctor y tómese el tiempo que necesite. Por lo poco que he entendido hasta ahora, ese individuo, Clarke, puede morir en cualquier momento.

De modo que Wayne escoltó al médico hasta el coche de éste y emprendieron la marcha.

Cuando el coche estuvo rodando fuera del denso tráfico de la ciudad, el doctor Weinbaum dijo:

—He estudiado el historial clínico de ese paciente y he comprobado que nunca dio problemas. Hasta ahora, que está sumido en una grave crisis. Consta allí que ha sido un enfermo pacífico, huraño, introvertido. Nadie se le ha oído apenas la voz en todos estos años…

—Tampoco habló mucho en el proceso. Apenas unas pocas respuestas, admitiendo los cargos de asesinato en primer grado. Se salvó de la pena de muerte debido a su estado mental. Y desde luego, estaba más loco que una regadera… Bueno, perdone la expresión, doctor, pero el modo en que mató a su mujer nos puso los pelos de punta en aquella época.

El médico ladeó la cabeza para mirar al policía con una extraña mueca en su cara.

—Le atravesó el cuerpo con una estaca —dijo—. ¿Fue así realmente como lo hizo?

—Ni más ni menos. Declaró que su mujer se había convertido en un vampiro y que la única manera de destruirla era atravesándole el corazón con una estaca. ¡Por Cristo! Ya lo creo que se lo atravesó. Tras esto huyó y nos costó semanas detenerlo.

—¿Vio usted el cuerpo de la mujer?

—No, sólo las fotografías forenses.

—¿No se encontró nada extraño en ella, nada que les llamara la atención? Aparte, claro está, de esa manera atroz de morir.

—El crimen tuvo lugar en un pueblo, no en la ciudad, doctor, de modo que todo lo que yo supe fue lo se dijo en la audiencia. Pero cuando detuve a ese individuo casi me dio las gracias. Nunca en mi vida había visto un caso semejante, se lo aseguro. Estaba alucinado, como si sus ojos hubieran visto el infierno con todos sus horrores y sobrevivido a la experiencia.

—¿Sabe usted que hay una rama de la locura que hace que el demente se crea que es un vampiro? O un lobo, en otros casos, un licántropo.

—Eso son historias de viejas.

—Son casos probados. Pero en lo que concierne a Clarke, la cosa no encaja. Él no creyó nunca que fuera un vampiro, ni un licántropo.

—Ya lo sé. Según él, el vampiro era su mujer. Pero usted doctor sabe que en la investigación que siguió al crimen, se descubrió que su mujer le engañaba hasta en sueños. Tenía un amante cuando murió. Un tipo más joven que ella. Y desapareció tan completamente que nunca volvió a saberse de él. Pienso si también le mataría Clarke y ahora quiere confesar ese oculto crimen. A ella, no cabe duda que la mató por celos, aunque ante la salvajada que cometió acabó de perder el seso que tenía.

El médico sacudió la cabeza, dubitativo.

—Teniente —comento—, por regla general, la demencia es algo mucho más complicado que eso. ¿Qué sabe usted sobre los vampiros?

Wayne soltó un resoplido.

—Que succionan la sangre de sus víctimas —gruñó—. Leí la novela que creó los vampiros cuando era un crío. Stoker escribió un buen relato, pero eso es todo.

—Debiera haber vivido usted en Rumanía —dijo el doctor Weinbaum—. Allí hay mucha gente que cree en los vampiros, y jamás han leído el libro de Stoker.

—Oiga, doctor, ¿va a decirme que usted cree en esa estupidez?

—No, pero he estudiado el vampirismo en todas sus formas, lo mismo que la licantropía. Como curiosidad tan sólo, por supuesto. Pero existen algunos misterios que ni la razón ni el sentido común logran explicar satisfactoriamente… Mire, ya llegamos…

Wayne suspiró resignadamente. Estuvo a punto de preguntar

quién estaría más loco en ese lugar de pesadilla, si los internados o el doctor.

CAPÍTULO III

... y las gentes no creyeron en el Rey de las Tinieblas, y fue su perdición.

Escrito de un viejo pergamino

Edward Clarke había cambiado tanto en esos cinco años de encierro, que Wayne apenas le reconoció.

Estaba en la cama, recostado contra unos almohadones. Demacrado, tan lívido que daba pena; sus ojos parecían haberse agrandado hasta convertirse en grandes globos alucinados.

Le quedaban tan pocas fuerzas que apenas pudo ladear la cabeza cuando los dos hombres entraron en la habitación, en realidad era una celda con ventana equipada de cristal inastillable e imposible de abrir sin la llave correspondiente, que jamás se dejaba al alcance de los internados.

—Hola, Clarke —dijo Wayne, impresionado—. Según creo, quiere usted hablarme.

—Wayne..., el teniente Wayne Terry.

—Soy yo. ¿Es que no me reconoce?

—Sí, sí. Acérquese.

Wayne se detuvo junto al lecho y el doctor Weinbaum se quedó cerca de la puerta. No había más muebles a la vista que la cama.

Los ojos demenciales de aquel desgraciado miraron intensamente al hercúleo policía. Comparado con él, Wayne parecía un coloso.

—Usted —dijo el enfermo de pronto—. Usted fue el único policía que se portó bien conmigo. No me maltrató, supo escucharme...

—No suelo maltratar a nadie, Clarke.

—Los otros sí lo hicieron. Usted es mi único amigo.

—Quiero ayudarle si puedo, Clarke. Pero no comprendo qué puedo hacer por usted.

—Nunca pensé que eso sucediera otra vez. Creí que todo había terminado con la muerte de los monstruos. Pero han vuelto, Wayne. Los otros han vuelto a la vida.

—¿Qué otros?

—Debe creerme. ¡Oh Dios, debe creerme!

—Le escucho, Clarke. Que le crea o no dependerá de lo que me diga.

—Debe saber…, usted debe saberlo. Y si tampoco cree lo que le digo, ellos se extenderán como la peste, lo dominarán todo… pueblos y ciudades, y será el fin, porque entonces volverá a reinar el Duque.

—¿Quién?

Clarke señaló la ventana.

—No pude abrirla. Lo intenté. Me dominó a través de los cristales y fui a abrir. No pude. Intenté romperlos… para que entrara…

—¿Quién?

—El niño… el niño de los Jorgensen.

Wayne dirigió una mirada intrigada al doctor, que se limitó a encogerse de hombros.

Luego indagó:

—Veamos, Clarke. ¿Quiere decir que vio a un niño en esa ventana, por la parte de fuera?

—Sí. Estaba allí. Fue una visión horrenda. Blanco como la leche, sus ojos eran de fuego… y me dominaban, y cuando me llamó vi sus colmillos…

De pronto se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

—Tranquilícese, Clarke. Esta ventana está en la quinta planta, y la fachada es lisa como un cristal. Nadie puede subir hasta ella, créame.

—¡Usted debe creerme a mí! No estoy loco, Wayne. ¡Nunca lo estuve! Dejé que me creyeran, porque sabía que me encerrarían en un lugar seguro. Sólo deseaba estar solo, aislado, seguro. Sobre todo seguro. Por eso lo admití todo, no quise ni defenderme. Pero nunca

estuve más loco que usted.

Wayne se estremeció.

—De acuerdo —dijo—. No está loco. Pero afirma que vio a alguien en la ventana… ¿Cómo cree que llegó aquí arriba?

—Ellos no necesitan escaleras. Pueden flotar en el espacio…

—¿Quiénes son ellos?

Clarke le miró como asombrado de que no lo comprendiera.

Desde la puerta, el doctor Weinbaum dijo suavemente:

—Los vampiros, teniente.

—Ya veo…

—¡Es cierto! —jadeó Clarke—. Yo pensé que podría vivir aquí, solo y en paz, hasta mi muerte. Pera algo ha hecho que ellos vuelvan…, algo les ha sacado de su letargo.

—Pero, hombre, usted además dice que era un niño a quien vio allá fuera…

—Peter Jargensen, sí, teniente. Desapareció mucho antes de que yo… de que mi mujer se convirtiera en un horrendo monstruo. Nunca pudieron encontrarlo, como no pudieron encontrar a otros niños desaparecidos. Después debió ocurrir todo lo demás.

—No comprendo muy bien eso, Clarke. Debe reconocer que su relato no es muy coherente que digamos.

—Siéntese, Wayne. Se lo contaré todo. Todo —repitió estremeciéndose violentamente—. Nunca he podido olvidar…

Wayne se sentó en el borde del lecho. Se enfrentó a aquellos ojos espantados y esperó.

—Nosotros vivíamos en una granja, a pocas milla de Karpat Point —empezó con voz neutra—. Trabajábamos duro porque era mala tierra. El pueblo no nos importaba más que para comprar lo que necesitábamos así que no teníamos amistades allí. Un día las gentes comenzaron a abandonarlo. O desaparecían… las cosechas se agotaron como si una maldición hubiera caído sobre ellas. Los animales del establo morían de un enfermedad extraña. Era la ruina… se quedaban tumbados, sin una gota de sangre en sus cuerpos.

Wayne miró fugazmente al médico, que permanecía inmóvil y silencioso junto a la puerta.

El enfermo prosiguió:

—Le dije a Cora que deberíamos marcharnos, probar suerte en

cualquier otra parte. No quiso. Yo sabía por qué deseaba quedarse, claro… Tenía amores con un individuo de Karpat Point.

—¿Usted lo sabía?

—Sí…, pero no quería perderla. ¡Debe creerme, Wayne! La quería a pesar de todo. Era lo único que yo tenía en este mundo…

—Le creo, naturalmente.

—Aquel miserable se llamaba Jack Leinster. Insistí en marchamos y Cora dijo que si yo deseaba irme podía hacerlo, pero que ella se quedaba. Luego, de pronto, cambió. Dijo que estaba dispuesta a irse. Supe entonces que Leinster la había dejado. Corrió la voz de que él había desaparecido. Deseé que estuviera muerto… Lo deseé más que mi propia vida.

—¿Y…?

—Lo preparamos todo para abandonar aquella desolación. Yo tenía una vieja camioneta. Cargué todo lo pude. Ya sólo faltaba una noche, Wayne. ¡Dios, que feliz era en aquellos momentos!

—Tranquilícese. Está excitándose, Clarke.

—No importa…, usted debe saberlo. Escuche, era tan feliz que aquella noche hice el amor con Cora, después de casi un año sin tocarla. Todo estaba a punto. La camioneta cargada y ella volvía a ser mía. Me dormí tan feliz como no recordaba haberlo sido nunca. Pero me despertó poco antes del alba. Estaba solo en la cama y oí ruido en la planta baja…

—¿Era su mujer?

—Espere… Cogí una vieja escopeta. Un arma casi inservible, tan mala que ni siquiera había pensado llevarla conmigo. La cargué y me asomé a la escalera. Entonces oí aquella voz extraña. Era algo como usted ha oído nunca, una voz que no era de este mundo, teniente. Murmuraba palabras horribles, y Cora reía. Baje los peldaños en silencio, con un infierno desgarrándome las entrañas. Entonces los vi.

Cerró unos instantes los ojos y recostó la cabeza en la almohada, como si el recuerdo le quitara sus últimas fuerzas.

Wayne volvió a mirar al médico. Iba a decir algo cuando Weinbaum le hizo una señal perentoria imponiéndole silencio.

Aun sin abrir los ojos, Clarke añadió con voz muy baja, ronca y monótona:

—Estaban desnudos, los dos. Él, Jack Leinster, y mi mujer. La

abrazaba, parecía que iba a besarla y ella lo deseaba. Le esperaba con los labios abiertos. Él era tan blanco que daba miedo, y sus ojos eran dos brasas encendidas. Entonces descubrí sus dientes… aquellos horribles colmillos, largos y afilados… Grité como un loco y Cora se apartó de él de un salto, mirándome furiosa.

—Pero según recuerdo, por los informes que leí, no mató usted a su mujer en una granja, sino en el pueblo… En un sótano, me parece.

—Sí, así fue… Entonces, aquella noche, acabé de bajar las escaleras, apunté a aquel demonio y apreté los dos gatillos de la escopeta. Estaba cargada con postas del doce. ¿Comprende?

—¡Dios! Claro que comprendo. Debió partirlo por la mitad.

—No.

—¿Cómo que no? ¿Quiere decir que falló el tiro?

—Le di de lleno. Ni siquiera quedó un rasguño en aquel cuerpo blanco. Me pareció como si de él se desprendiera algo parecido a un polvillo brillante. Entonces vino hacia mí, me arrebató la escopeta y me golpeó con ella. Lo último que vi fue que se arrojaba sobre Cora con los labios contraídos, y que ella le llamaba, le deseaba, y él clavaba sus colmillos en un lado del cuello de mi mujer. Perdí el conocimiento, y cuando lo recobré era de día y estaba solo en la granja. Ellos se habían ido.

Clarke calló. El sudor corría a torrentes por su rostro cadavérico.

—Descanse un poco, Clarke. Tenemos tiempo.

—¡No queda tiempo, Wayne! Han vuelto a la vida…

Wayne suspiró. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando a aquel desgraciado, aquella cara atormentada y patética.

—Escuche, Clarke, y recapacite. Aceptando que usted les hubiera sorprendido en el instante de entregarse uno al otro, si falló el tiro y perdió el conocimiento, ellos podían haberlo matado mientras estaba allí, desvanecido e indefenso. Lo lógico es que lo hubieran hecho, después que usted había disparado contra Leinster.

Clarke jadeaba como si estuviera agonizando.

—Le dije que… que me desperté poco antes del alba. La luz les sorprendió. Huyeron antes de que fuera de día, ¿comprende? Buscaron un refugio oscuro y se ocultaron allí.

De pronto calló y su cabeza cayó a un lado. De un salto el médico estuvo junto a la cama y le examinó.

—Se ha desvanecido. Debe dejarle descansar un poco, teniente. Llamaré para que le atiendan inmediatamente.

Desconcertado, Wayne fue tras el médico y vio cómo éste cerraba la puerta por fuera y se guardaba la llave.

Mientras esperaban la llegada de los enfermeros, el doctor Weinbaum dijo suavemente:

—¿Sabe usted, teniente? Según las viejas leyendas, un vampiro no puede soportar la luz del sol.

—Yo tampoco cuando tengo resaca. ¡Maldita sea! Aunque habla normalmente, ese pobre hombre está loco de atar.

—Tal vez.

Wayne no pudo replicar, porque cuando llegaron los ayudantes del doctor se quedó en el pasillo esperando. Comenzaba a arrepentirse de haber accedido a esta visita absurda. Pensó en Audrey y aún lo lamentó más.

CAPÍTULO IV

Eran las cuatro de la tarde cuando el doctor Weinbaum le llamó. Wayne había esperado en una salita, sorbiendo café y fumando cigarros, cada vez más disgustado e impaciente.

—Se ha repuesto bastante bien —dijo el médico—. Continúa insistiendo en seguir hablando con usted.

—Oiga, doctor, todo esto me parece una inmensa estupidez. Ese pobre hombre no dice más que insensateces y no veo qué puedo hacer en su ayuda.

—Escucharle.

—¿Para qué?

La serena mirada del doctor se clavó en él con insistencia.

—Si no por otra cosa, teniente, para proporcionarle la paz que necesita en su hora suprema.

—¿Quiere decir que está a punto de morir?

—Eso no se sabe con certeza, pero no vivirá mucho.

—Está bien, vamos allá.

Clarke parecía más un cadáver que un ser vivo cuando Wayne se colocó de nuevo a su lado. El doctor cerró la puerta y se quedó inmóvil, tan silencioso como una sombra.

—¿Se siente mejor, Clarke? —se interesó el policía.

—Teniente…, voy a morir. No importa lo que digan los médicos, sé que voy a morir. Un hombre a las puertas de la muerte no mentiría, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—Entonces usted me cree…, creerá lo que aún debo decirle.

—Sí, Clarke.

No había por qué llevarle la contraria. Wayne ya había decidido seguirle la corriente hasta el final.

Hubo una larga pausa en la que sólo se escuchó el chirriante

jadeo del enfermo.

Después empezó a hablar con voz débil, apenas audible.

—Los busqué por toda la casa —dijo—, después que recobré el conocimiento. Me dolía el cuerpo, allí donde aquel maldito me había golpeado. No pude encontrarles. Entonces comencé a pensar, ¿sabe? Yo había oído muchas historias en mi vida. Cosas horrendas que nunca había creído. Pero entonces era distinto… Pensé, ¿comprende? Y até cabos.

Se quedó jadeando unos instantes y sin transición prosiguió:

—Recordé las extrañas heridas que había visto en el cuello de mis animales muertos. Dos profundos orificios… y supe lo que ocurría y me invadió el horror. Quise huir, porque si yo estaba en lo cierto, Cora ya era uno de ellos, y ella me odiaba y volvería… impulsada por el poder del mal. Fui al pueblo.

—¿Esperaba encontrarlos allí?

—No. Sabía que durante el día no pueden moverse, no pueden soportar la luz del sol. Son hijos de las tinieblas… Busqué al pastor en su iglesia y le conté lo que sabía. Para entonces faltaba muchísima gente que nadie sabía dónde estaba. Simplemente, un día estaban allí y al siguiente habían desaparecido. Bueno, no me creyó. Dijo que yo estaba loco y quiso hablarme de su religión. No me tenía simpatía porque jamás he asistido a sus sermones.

Ladeó la cabeza y buscó al silencioso doctor.

—Nadie me creyó, aunque noté que la gente tenía miedo. Pero era el miedo a no comprender lo que pasaba. Entonces, el médico que solía visitar en un consultorio dos veces por semana me llamó y quiso que le explicara la que yo había visto. Y él sí me creyó, ¿comprende? Tenía libros. Era originario de algún país centroeuropeo y sus antepasados los habían traído con ellos. Y en aquellos libros había un viejo pergamino que me mostró… Hablaba de un Duque Negro a algo así…

Su voz se quebró y le fue imposible continuar. Estaba vez más débil. El doctor Weinbaum se acercó la cama y le tomó el pulso. Sacudió la cabeza.

—Está acabándose —musitó.

El enfermo abrió los ojos y las clavó en el teniente.

—Así supe toda la que había que saber sobre aquellos monstruos…, sobre cómo los servidores del mal delimitaban un

territorio… donde reinaba la Muerte Negra… Decidimos buscar…

—¿Y…?

—Llegó la noche… ¡Dios! Una noche sin luna, unas tinieblas como nunca antes había visto. Yo no había encontrado nada, ni rastro de mi mujer, ni de Leinster… Nada. Y tenía miedo, un miedo espantoso, teniente, porque durante la noche ellos tienen todo su poder, son invencibles y dominan todas las fuerzas del mal. El miedo me impulsó a huir. Nos habíamos separado el doctor y yo para cubrir más terreno. Le abandoné porque el pánico era igual que una marea que me arrastrara… Pensé en algún lugar donde ocultarme, donde pudiera defenderme de algún modo. En la granja tenía herramientas, había una cruz en alguna parte, lo recordaba entonces… Procurando ocultarme de árbol en árbol, sin ruido, me alejé de Karpat Point. Y entonces… entonces… los vi.

Wayne dio un respingo.

—¿Qué dice que vio?

—A Cora, a Leinster, a un hombre enorme y poderoso, y a Peter Jorgensen, el niño desaparecido… Habían atrapado al doctor en un claro del bosque. Se arrojaron sobre él todos, menos el hombre gigantesco de ojos de fuego. El doctor gritó pidiendo ayuda… y no pude hacer nada. Vi… vi lo que hicieron…

Su garganta pareció desgarrarse con un tremendo sollozo y durante unos minutos estuvo jadeando, con un sordo estertor que parecía ser el preludio de la muerte.

Pero luego habló, aunque Wayne tuvo que inclinarse para oír su voz apagada, apenas un leve susurro.

—Cora le desgarró la garganta, teniente. Vi saltar la sangre, que le empapó los cabellos, la cara, los pechos… y aquel horrible sonido de succión… El hombre grande dijo algo con una voz que no era voz y los otros hincaron sus colmillos en el cuerpo del médico… lo desgarraron a dentelladas… Entonces perdí el conocimiento unos instantes. Cuando lo recobré se alejaban y los restos del desgraciado doctor estaban esparcidos como si una manada de lobos hubieran celebrado un festín.

Wayne tragó saliva y cambió una mirada con el doctor Weinbaum. El médico estaba lívido y le choco semejante impresión en un hombre de ciencia.

—Escuche, teniente —bisbiseo el moribundo—. Seguí a Cora

porque se separaron. Ella y… Leinster se fueron juntos hacia el viejo molino. Entraron… Había un sótano y se acostaron allí. Desde arriba les oí en una orgía infernal. Sus voces parecían el rugir de un fuego demoníaco…

—Recuerdo que…

—Déjeme terminar… Me oculté detrás de las enormes piedras redondas del molino. Temblando, sujetándome la cara con las manos para que no se oyera el traqueteo de mis dientes. Esperé hasta que llegó el día y entonces salí. Corté estacas…, sabía lo que tenía hacer. Busqué un mazo y bajé al sótano. Allí estaban los dos, entrelazados como les había sorprendido el día. Agarré a Leinster y lo tiré a un rincón. Estaba frío como el hielo. Luego… luego… ¡Oh Dios! —Su voz le ahogó.

Wayne murmuró:

—Recuerdo que el cadáver de la mujer fue encontrado en el sótano de un molino abandonado, pero sólo de una mujer.

—Espere, teniente. Ya hablará después.

Clarke abrió los ojos. Ya no había ningún brillo en ellos. Eran los ojos de alguien que ha entrado en una dimensión más allá de la vida y de la muerte.

—Usted sabe cómo la encontraron, teniente —musitó casi sin voz—. Apoyé la estaca en su pecho, sobre el corazón, y golpeé con el mazo, una y otra vez. La sangre manó como un torrente… una sangre negra… y ella emitió un alarido horrendo, y me miró… ¡Me miró gritándome y maldiciéndome mientras yo hundía más y más la estaca en su corazón podrido! Hasta que todo acabo.

—Siga. ¿Qué fue del otro, de Leinster?

—No lo sé.

—¿Cómo? Usted dice que lo tiró a un lado…

—Lo hice. Quería matarlo también del mismo modo, pero me volví loco entonces. Fueron las únicas horas que de verdad perdí la razón. La sangre saltando como un torrente, empapándome, y aquella estaca desgarrando la carne, y ella gritando sin voz, y mirándome… Eché a correr por el bosque y no volví a casa. Estuve corriendo hasta caer agotado, lejos, más allá de los pantanos, más allá del territorio del Duque Negro… Cuando volví a la vida seguí huyendo. Luego usted me detuvo. Ahora… ahora ya lo sabe todo, Wayne. Tiene que acabar con ellos, porque han vuelto a la vida,

han salido otra vez… el niño de los Jorgensen estuvo ahí, buscándome. No me han olvidado y quieren atraparme. Afortunadamente… voy a morir sin que… sin que…

Calló y el ronco estertor de su pecho escuálido se convirtió en un angustioso silbido.

Y de pronto quedó silencioso. Había muerto. Wayne se echó atrás. A su pesar, sentía un oscuro temor que nunca había confesado, pero que ponía agujas de hielo en sus sentidos.

Contempló como el doctor comprobaba el fallecimiento del enfermo sin despegar los labios. Después, el médico se irguió y por unos instantes se quedó mirándole con una indescifrable expresión en su rostro arrugado e inteligente.

—Se acabó —dijo con un suspiro—. Por lo menos ha muerto en paz.

—Salgamos de aquí, doctor. Necesito beber algo. Tengo la boca seca como el desierto.

—Le comprendo. Venga conmigo.

Se dirigieron al despacho del doctor Weinbaum y desde allí notificó la muerte de Clarke y dio unas instrucciones.

Cuando desconectó el interfono comentó:

—He de informar a las autoridades locales de este fallecimiento, ya sabe. Se trata de un convicto, y este es un establecimiento estatal. Supongo que querrán llevarse el cadáver para practicarle la autopsia. Un fastidio.

De un cajón sacó una botella y unos vasos de papel parafinado. Mientras los llenaba de *whisky*, dijo:

—¿Qué le ha parecido, teniente?

—Una sarta de insensateces producidas por una mente desquiciada. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Ojalá yo hubiera podido examinar el cadáver de la mujer…

—¿Por qué dice eso? No será usted una de esos que creen en brujas, doctor.

—Ya le dije que hay misterios en este mundo que la ciencia no puede explicar. En fin, usted tiene sus convicciones. ¿Piensa hacer algo respecto a todo lo que le ha contado Clarke?

—¿Qué quiere que haga, salir a cazar vampiros, armado de una estaca y un martillo?

Wayne dejó escapar un resoplido y bebió. Era un buen *whisky* y

eso le consoló en parte de todo el absurdo asunto.

—Volveré al despacho del capitán Mantell y le informaré, eso es todo lo que yo puedo hacer.

—Sin embargo, ese lugar del que Clarke habló existe… Karpat Point…

—¿Y qué? Es un pequeño pueblo a más de ciento cincuenta millas de aquí, en la región de las pantanos, lejos de la costa.

Weinbaum acabó encogiéndose de hombros. De pronto Wayne exclamó:

—Por cierto, ahora recuerdo algunos pormenores de lo que se dijo en el proceso de Clarke. En aquel sótano donde mató a su mujer, se encontró otra estaca afilada como la que clavó en el cuerpo de aquella desgraciada. Eso sí es cierto. Pensaba matar a alguien más…

—¿Está seguro?

—Sí, de eso sí. Pero no es nada que me incumba, doctor. Aquella región pertenece al condado de Cumberland. Oiga, ¿qué le ocurre? Parece muy preocupado con todo este absurdo.

—Lo estoy, sin más, por lo que puede significar para mis estudios sobre el vampirismo y la licantropía. Ese tal Leinster, el amante debía ser un íncubo.

Wayne enarcó las cejas.

¿Un qué? Le agradecería que hablara en cristiano si he de entenderle.

El médico esbozó una sonrisa.

—Un íncubo —dijo— es un vampiro sexual. Se dice que eran capaces de infundir el poder infernal a sus relaciones sexuales con las mujeres que asaltaban.

—Debían divertirse en grande, ¿eh? —rezongó Wayne, apurando el *whisky*—. Si no me necesita, doctor, regresaré a la ciudad, aunque habrá de indicar que me lleven a la estación.

—Yo mismo le llevaré. Quiero visitar la biblioteca pública antes que cierren.

—¿En busca de documentación sobre los vampiros?

—Usted lo toma a broma, pero a mí es un tema que me fascina, teniente.

Wayne esperó a que el médico dejara las cosas dispuestas y ambos emprendieron el regreso. Fue un viaje muy poco animado

porque ninguno de los dos tenía deseos de hablar.

Cuando pudo separarse del médico, Wayne suspiro con alivio. Pensaba que se había librado de tan absurdo asunto.

Sin embargo, la pesadilla no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO V

La cena había sido una delicia hasta que apareció la periodista.

Hasta entonces, Wayne se había sentido a sus anchas. El inmenso atractivo de Audrey, su desparpajo, el calor que se desprendía de sus hermosos ojos, habían hecho que la noche fuera perfecta.

Cuando la reportera de chismes de sociedad apareció, una oscura nube se cernió sobre aquella feliz convivencia.

—¡Miren quién está aquí! —exclamó la mujer, entusiasmada—. Querida Audrey, no te importará que me siente un momento en vuestra compañía…

Era una mujer de unos treinta años. Se decía que su esfera era tan temible como la peste y que podía hacer o destruir una reputación tan fácilmente como freír un huevo.

Audrey torció el gesto, pero se esforzó en sonreír. Wayne gruñó, torció también el gesto y no sonrió en absoluto.

—Bueno, cuéntame algo, querida —cacareó la fuente de chismes —. ¿Preparas alguna otra expedición de caza, algún viaje a cualquier lugar exótico del mundo?

—De momento no, querida Theda. Estoy gozando de un período de paz hogareña.

La mirada aguda de la periodista se clavó en la cara ceñuda de Wayne. Pareció forzar la memoria tratando de situarlo en alguno de sus casilleros y al fin se dio por vencida.

—Me gustaría que me presentases a tu caballero, querida Audrey —susurró sin apartar los ojos del policía.

—Es un amigo. Mi mejor amigo. Se llama Wayne y eso es todo lo que voy a decirte. El odia los chismes, Theda.

—Oh, todo el mundo los odia, pero luego se chiflan comprando las revistas… ¿Wayne, dices que se llama?

El aludido rechinó entre dientes:

—Oiga, señora. Sería una gran cosa si nos dejara paz. Estábamos hablando de algo importante cuando usted llegó.

—¡Un hombre de las cavernas, querida Audrey! —cacareó Theda —. ¡Adorable!

A Wayne le hubiera gustado soltarle un puntapié justo allí donde la espalda cambia de nombre.

En aquel momento, el camarero dijo:

—Le llaman al teléfono, señor.

—Eso está convirtiéndose en una fea costumbre —rezongó, levantándose—. Discúlpame un momento, Audrey.

Se fue tras el camarero y agarró el teléfono.

—¿Qué pasa ahora? —exclamó.

—Venga a mi despacho, Wayne.

—¡Maldita sea! Esta noche no, capitán.

—¡Esta noche sí! Va a venir, ahora. Está también el doctor Weinbaum.

—¿Han aparecido más vampiros? —se mofó, indignado por esa interrupción—. Si es así, ponga una ristra de ajos en su ventana.

—¡Condenación, teniente! ¿Habré de recordarle quién lleva el mando aquí? Han robado el cadáver de Clarke. Y tengo una circular recibida por el teletipo que también le interesará.

Eso le dejó helado.

—Muy bien, capitán.

Colgó resignadamente y volvió a la mesa.

La reportera aún estaba allí. Ya no se sentó.

—Lo siento, querida, he de irme.

—¡Oh, Wayne! ¿No pudiste…?

—Lo intenté, pero se trata de algo muy grave. De todos modos te dejo en buena compañía… Cuéntale tu vida a esta dama y verás cómo te diviertes.

—Mi vida la han escrito tantas veces que ya no tiene interés. Es por ti por quien se interesa, querido.

—¿Sí? Pues cuéntale que voy a cazar vampiros. Eso la hará feliz —masculló rechinando los dientes.

Llamó al camarero cuando ya estaba camino de la puerta, pagó la nota y sintió un nudo en el estómago ante semejante despilfarro.

Luego, tomó su coche y salió disparado.

El doctor Weinbaum había sufrido un sutil cambio desde la última vez que le viera. Su rostro estaba tenso y parecía haber envejecido. Desde luego, estaba sumamente preocupado.

Wayne cerró la puerta del despacho y rezongó:

—Y bien, ¿qué es eso de que han robado el cadáver del pobre Clarke?

—Siéntese, Wayne.

Estrechó la mano del médico y tomó asiento delante de la mesa. Fue Weinbaum quien explicó:

—Se llevaron el cadáver de la clínica, para practicar la autopsia en el Depósito de Birmingham. Lo tuvieron allí todo el día, hasta que a última hora de la tarde el médico forense decidió que aquella era una buena hora para practicar la autopsia. Dice que como se trataba de una muerte natural, sin nada sospechoso, sólo se limitó casi a un puro trámite. Extirpó unas pocas vísceras y las envió al laboratorio. Luego se marchó.

—¿Y…?

—El encargado del Depósito estaba fuera en aquellos momentos. Cuando volvió para depositar el cadáver en la cámara frigorífica, el cuerpo ya no estaba allí.

—¿Cómo diablos alguien pudo llevarse un cadáver sin dejar rastro?

—Sí quedó un rastro, teniente —dijo el médico con un acento ronco.

Tomó un sobre que había encima de la mesa y sacó de él dos fotografías a color.

—Esas huellas estaban en el suelo, entre la mesa de disección y la puerta.

Wayne vio unas claras huellas de pies, de un color rojizo. Huellas de pies desnudos.

—¿Qué cuernos…? Es la primera vez que veo actuar un ladrón con los pies descalzos —farfulló.

—Fíjese usted mejor, teniente.

—¿Para qué? Son huellas de pies desnudos, seguro.

—Huellas de sangre.

—¿Qué?

—Había sangre al pie de la mesa… El dueño de esos pies la pisó.

—Ya veo…

—Hay otro detalle aún.

Wayne volvió a fijar la atención en aquellas fotografías. De pronto descubrió lo que el médico quería decir.

—Ya veo… La huella del pie izquierdo no parece que esté completa. Es como si le faltase parte del dedo gordo.

—Ni más ni menos. A Clarke le faltaba esa fracción del dedo. Se lo amputó él mismo trabajando en el campo, según había explicado.

Wayne pegó un salto en la silla.

—¿Insinúa usted que fue el propio Wayne quien imprimió sus huellas en el suelo?

—Eso parece.

—Estando muerto…

—Sí.

—Usted está loco, doctor —bufó el policía—. En lugar de dirigir el sanatorio debería estar internado en él.

—Hay muchos que opinan como usted —retrucó el doctor Weinbaum, sin pizca de ironía—. Pero ése no es el problema de ahora. Di instrucciones para que no se borrasen esas huellas. Usted podrá verlas y comprobará que están impresas por alguien que caminaba. La presión, la distancia, son exactas. El *sheriff* lo comprobó con plantillas de un hombre del mismo peso y estatura que Clarke.

Wayne echó un vistazo al capitán Mantell para asegurarse de que no le tomaban el pelo.

Como respuesta, Mantell dijo con voz monótona:

—Se recibió un teletipo… de Birmingham. Una carta escrita por una mujer llegó a manos del *sheriff*, hace dos días. En ella denunciaba a un individuo como asesino de un vagabundo, y advertía que si a ella le sucedía algo, el culpable sería ese tipo, un tal Barry Ferman. El *sheriff* ordenó cazarlo y fue personalmente a entrevistar a la denunciante. No pudieron encontrar a ninguno de los dos. Ayer por la mañana, los policías de un auto-patrulla localizaron el coche de Ferman en el cementerio de Karpat Point.

Wayne se quedó boquiabierto.

—Ese es el pueblo…

Vio el movimiento de asentimiento de los otros dos y cerró la boca.

El médico remató la frase por él:

—El pueblo de Clarke, allí donde cometió su crimen. Un pueblo donde no vive nadie. Según mis informes está abandonado.

Con la misma voz neutra, el capitán añadió:

—No lejos del coche, cerca de un antiguo panteón, los policías descubrieron una enorme mancha de sangre en la tierra y en la hierba. Sangre humana, teniente.

—Ya veo. ¿Qué espera que haga yo, salir a cazar vampiros?

—El *sheriff* ha pedido ayuda. Irá usted y le echará una mano, Wayne. El doctor insiste en acompañarle, y no veo inconveniente. Quizá le sea útil.

Ceñudo, el teniente gruñó:

—Cuando menos, conoce todo lo que hay que saber de los vampiros. ¿Cuándo partimos, capitán?

—Esta misma noche. Se alojará usted en un hotel de Birmingham llamado Las Armas. Informe regularmente por lo menos, Wayne.

—Oiga, capitán… Este… no les diga a los muchachos adónde he ido ni para qué. Si se huelen todo este lío de muertos que andan y vampiros por añadidura, me convertiría en el hazmerreír del Departamento.

Mantell le dirigió una mala mirada por toda respuesta, así que Wayne Terry y el médico abandonaron el despacho del capitán, uno tras otro.

—Aguarde un minuto, doctor —dijo el policía, cuando estuvieron en el pasillo—. He de dejar un par de asuntos en manos de mis compañeros.

Entró en su propio despacho sin esperar respuesta.

Buscó el número del restaurante donde había cenado con Audrey y llamó por teléfono.

La muchacha aún estaba allí y su voz se le antojó una pura música en el oído.

—No puedo volver a reunirme contigo, querida —dijo, disgustado—. Salgo ahora mismo de la ciudad.

—¡Wayne, no pueden hacernos esto! Después de tanto tiempo…

—Lo siento mucho, Audrey, créeme.

—¿Adónde te mandan esta vez?

—A una ciudad llamada Birmingham. Están sucediendo cosas muy raras allí y necesitan un cerebro privilegiado como el mío para

resolverlas —dijo con sarcasmo—. De veras que lo siento, pequeña.

—¿Es que no tienen policías en Birmingham?

—Los tienen, pero son incapaces de cazar vampiros —rió Wayne por el teléfono.

No comprendió que estaba cometiendo una trágica equivocación. No podía saberlo de todos modos. Se despidió cálidamente de la muchacha y regresó al lado del doctor Weinbaum.

—Ya podemos marcharnos, doctor —rezongó—. Por él camino podrá ilustrarme sobre esos curiosos individuos chupadores de sangre. Le confieso que es una materia en la que estoy pez.

Si hubiese podido prever los futuros acontecimientos, con toda seguridad no habría tomado la cosa a broma ni mucho menos…

CAPÍTULO VI

Apenas amanecido, Wayne despertó con una extraña sensación de zozobra.

Las luces del alba atravesaban las cortinas de la ventana de esa habitación del hotel. Se vistió, disgustado por esa inquietud que no sabía explicarse. Después, apenas hubo desayunado, oyó los frenos de un coche en la calle.

Salió a tiempo de ver apearse a un agente del *sheriff*, que venía en su busca.

—Buenos días, teniente —saludó el hombre—. Vamos a tener un día espléndido.

—¿Es usted quien va a trabajar conmigo?

—Sí, señor. Me llamo Joyce Pohl.

—Está bien, Joyce. Antes de hacer nada veamos si la idea de anoche ha dado algún resultado.

—Lo dio. Tengo el nombre de una mujer que vio algo. Hasta ahora es la única, aunque todo el personal, está siguiendo esa pista, haciendo preguntas a media ciudad.

—¿Qué fue lo que vio esa mujer, Joyce?

—No lo sé. Iremos ahora a interrogarla si le parece bien. De todos modos nos pilla de paso.

Wayne entró en el auto-patrulla y emprendieron la marcha. El joven agente dijo:

—Espero que usted pueda desentrañar este lío, teniente. ¿Estuvo en el Depósito? Aquellas huellas son como para volverse loco.

—Sí que son algo muy raro, porque sin ninguna duda fueron impresas por alguien que anduvo por su pie. A propósito, ¿qué sabe del doctor Weinbaum?

—Ni una palabra. Se quedó anoche en compañía del *sheriff*. Y

esta mañana no estaba en el hotel. No sé dónde habrá pasado la noche.

Wayne sacudió la cabeza.

—Ese vejete va a romperse la crisma si se empeña en andar por ahí, de noche.

—Alquiló un coche.

—¿Qué?

—Apenas llegó alquiló un coche —repitió el policía, mientras enfilaba una calle, ya casi en las afueras—. Debe querer moverse con independencia.

Al fin detuvo el coche delante de una casita aislada, pequeña y pulcra. Se apearon y una mujer salió a la puerta muy agitada.

—Buenos días —dijo Wayne, deteniéndose ante ella, no muy seguro de lo que debía decir—. Este es el agente Joyce Pohl, y yo el teniente Wayne Terry. Nos informaron que usted tenía algo que decirnos.

—¡Ya lo creo! Es una cosa inaudita… ¿No quieren entrar? Puedo obsequiarles con un poco de café…

—No, gracias. Lo cierto es que realmente tenemos mucha prisa.

Ella esbozó un gesto de contrariedad. Tendría sus buenos sesenta años, pero era vivaracha y sus ojos mostraban una insaciable ansia de vivir.

—Fue cuando ya había cenado. Tenía las luces apagadas porque por esta parte y en este tiempo hay bastantes mosquitos. Quiero decir que estaba a oscuras sentada junto a la ventana que da al jardín de atrás: Estaba allí, tratando de decidirme a acostarme, cuando los vi.

—¿Qué fue lo que vio?

Ella se estremeció.

—¡Una indecencia, créanme!

Los dos hombres cambiaron una mirada, pero ninguno de los dos habló.

Hasta que la mujer prosiguió:

—Caminaban por ese descampado que hay ahí atrás.

Eran tres hombres… y uno de ellos iba desnudo. ¿Se dan cuenta? ¡Completamente desnudo! No sé cómo no empecé a gritar en aquel mismo momento…

—Así que un tipo desnudo… ¿Se fijó en los otros?

—Eran apenas siluetas oscuras. No había luna, ya saben… Pero les aseguro que no me equivoqué. El que caminaba en medio de los otros estaba tan desnudo como el día que vino al mundo… ¿Adónde vamos a parar si ya no queda ni la vergüenza suficiente para…?

—¿Pudo verle la cara a ese individuo desnudo?

—No. No podría reconocerle.

—¿Hacia dónde se dirigían?

—Atravesaron los descampados, hacia esas lomas, como si pensaran tomar la carretera de los pantanos.

—Muy bien, señora, nos ha ayudado mucho —rezongó Wayne.

—Espero que detengan a esos degenerados cuanto antes. Llegará un momento que las personas decentes no podremos ni salir de nuestras casas…

El joven Joyce Pohl gruñó, cuando estuvieron de nuevo a bordo del coche:

—¿Qué le parece?

—Esa mujer vio a un tipo desnudo, de eso no cabe duda. Es una de esas mujeres fisgonas que no se pierden detalle de lo que ocurre a su alrededor.

—La ha retratado, teniente. Por lo que sabemos, sus vecinos están que se suben por las paredes de ella. Les controla hasta los menores pasos.

—Entonces tenemos que vio a un hombre desnudo completamente, escoltado por otros dos… camino de los pantanos. ¿Qué diablos puede significar eso, lo sabe usted?

—Teniente, me parece que como esto siga así habrá que creer en muertos que andan —rió Pohl, tomando una cerrada curva, poco antes de adentrarse en los bosques.

Wayne se recostó en el asiento y contempló el hermoso y agreste paisaje. Una ligera niebla flotaba entre la maraña del bosque, dándole un aspecto sombrío y hermoso al mismo tiempo.

—Karpat Point está más allá de las colinas —anunció el policía —. Hace muchísimos años que no he pasado por allí… Bueno, entonces aún era un lugar habitado y yo era apenas un crío. Salíamos a cazar en las marismas. Luego, lo abandonaron.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que no habría trabajo, ni posibilidades de explotar la costa en verano. Todo son acantilados, sin una playa,

nada de nada.

—Vamos a hablar claro, por lo menos usted y yo, Joyce. ¿Piensa que ese individuo desnudo era Clarke?

—Teniente, no me tome el pelo. Clarke estaba muerto. Le habían practicado la autopsia. ¿Cómo infiernos iba a caminar por su pie?

—Empiezo a creer en fantasmas, maldita sea. Pero tenemos las huellas de pies desnudos… y un cadáver no se evapora como un jirón de niebla.

—Lo robaron. Pero si me pregunta con qué fines no sabré que responder.

Wayne cerró la boca hasta que hubieron dejado atrás las colinas. Un puente de madera, viejo y carcomido, apareció delante del coche y el joven conductor frenó, indeciso.

—No inspira mucha confianza, ¿eh? —gruñó.

—Hay un coche al otro lado, de modo que debe soportar el peso, digo yo.

—¿Un coche?

—Allí, entre aquellos árboles.

—Es cierto. Veamos qué pasa.

Condujo con cuidado. Las crujidas de la vieja madera les pusieran las pelos de punta, pera al fin llegaron al otro lado sin contratiempos y el policía condujo hacia donde estaba semioculto el otro auto.

—¡Caray, lleva placas de coche de alquiler! —exclamo. Le apuesto que es el coche que alquiló el doctor Weinbaum.

—Nos ha ganado por la mano. Conduzca despacio ahora, a ver si le encontramos.

—Eh, teniente, ¿no nota como si se hubiera enfriado la temperatura de repente?

—Sí, claro.

—En cuanto pasamos el puente… Qué cosa más rara, porque hace un día espléndido.

El coche se deslizaba despacio por el centro de la que en tiempos fuera la calle principal, y casi única del pequeño pueblo.

Wayne contemplaba intrigado las casas cerradas, las tiendas aún con mercancías en sus escaparates… Toda estaba polvoriento, pero bien conservado. Se estremeció a su pesar.

—Desde luego —gruñó—, es un lugar extraño este.

—¿También lo ha notado? A mí me parece como si sus habitantes estuvieran a punto de volver en cualquier momento, como si de un instante a otro fueran a abrir las tiendas, y los chiquillos a regresar de la escuela, y…

—Sé la que quiere decir. Me gustaría saber por qué lo abandonaron de este modo.

—No se ve ni rastro del doctor, ¿eh?

—Quizá si oye el claxon salga de donde esté metido:

Joyce Pohl dio dos largos bocinazos y detuvo el coche…

De una gran casa con recargada fachada de madera surgió el doctor Weinbaum parpadeando bajo el sol. Les saludó con la mano, evidentemente muy contento de verles.

—¿Cómo diablos se le ocurrió venir solo, doctor? —refunfuñó Wayne.

—Quise ver esto de noche.

—¿Quiere decir que vino anoche?

—Sí…

—¿Y…?

Weinbaum dirigió una aguda mirada al joven policía.

—¿Sabe lo que Clarke nos contó?

—Yo no se lo he dicho en todo caso.

Pohl indagó:

—¿De qué están hablando?

—Se lo contaré después. Mire, Wayne, esa era la casa del médico del pueblo, donde tenía su consultorio. ¿Recuerda, que Clarke nos dijo que el médico tenía unos documentos que aclaraban la presencia de esos seres monstruosos aquí?

—Sí, lo recuerdo.

—Debía ser cierto. Hay toda una estantería llena de volúmenes que hablan de ese tema, pero hasta ahora no he podido hallar los documentos, ni el pergamino que mencionó.

—¿Ha pasado la noche registrando la casa?

—Oh, no… Estuve escondido, Wayne, al otro lado del puente.

Pohl enarcó las cejas.

—¿Por qué se ocultó? No hay nadie aquí que yo sepa.

—Hay alguien, mi joven amigo. Vi sombras deslizándose por la calle, saliendo de las casas y volviendo a ellas… ¿No advierten que del puente para acá es como si el aire se detuviera, como si se

levantase una barrera invisible que aislase el pueblo de todo lo demás?

—¿Quiere decir esa sensación de frío? Sí, lo hemos notado, pero eso puede ser debido a la humedad del suelo.

—El suelo está seco, Wayne. Y ese fenómeno se extiende por el otro lado de Karpat Point, hasta el molino y el bosque. Lo comprobé ayer y no deja de ser asombroso.

—¿Vio también el coche abandonado en el cementerio?

—Sí. Y la enorme mancha de sangre en la tierra. Incluso intenté abrir el panteón, pero la reja está enmohecida. Debe hacer muchos años que no ha sido abierto.

—¿Qué esperaba encontrar en un panteón, doctor?

—No lo sé. Sólo quería dar un vistazo a la cripta del mismo, eso es todo. ¿Sabe usted, Wayne? Estoy convencido de que el cadáver de Clarke vino a parar aquí.

Pohl dio un respingo. Wayne sólo se encogió de hombros.

—Acabará creyendo en la sarta de insensateces que nos contó.

—Mire esas ventanas, teniente —dijo de pronto el médico, señalando las de una casa que había a un tiro de piedra de donde estaban.

Wayne arrugó el ceño.

—¿Qué es eso, ajos?

—Y cruces. Hace muchos años que fueron colocados allí. Desde luego, antes de que el pueblo fuera abandonado por completo.

Joyce Pohl soltó una risita.

—El que adornó esas ventanas debía estar como un chivo, digo yo —comentó—. He leído historias de vampiros, ¿saben? Y ésa es la barrera que colocaban para que esos sedientos individuos no pudieran entrar…

—Oiga, Wayne —dijo el doctor—. Creo que deberíamos aprovechar el tiempo durante el día para registrar todos los lugares oscuros. Sótanos, bodegas, ya sabe. Después aún quiero seguir registrando la casa del médico, y todo ello antes de que se haga de noche.

—Pero doctor, ¿de veras piensa usted que…? ¡Maldita sea, hombre! Somos adultos, en plena época espacial. No es posible que piense usted en serio que podrá encontrar nada de lo que Clarke nos dijo.

—No obstante, quiero comprobarlo.

—Nosotros vinimos por ese coche abandonado, doctor.

—Y por el cadáver de Clarke, no lo olvide. Puedo estar equivocado, pero sigo opinando que ese cadáver vino a parar aquí.

—Pero ¿por qué?

—Porque yo he estudiado este asunto desde un punto de vista sin prejuicios, Wayne. Usted partió de la base que no creía nada. Yo he estudiado, comprobado en América y en Europa. Y le repito lo que ya le dije una vez: hay cosas que la ciencia es incapaz de explicar.

Wayne suspiró…

—De acuerdo, doctor. Sólo porque no diga que nos hemos negado a colaborar, registraremos sótanos y todo cuanto esté en lugares oscuros. Pero cuando se haya convencido de que la época medieval quedó enterrada en el tiempo haremos las cosas a mi modo.

—Muy bien, teniente. Empezaremos por un extremo del pueblo, casa por casa. Juntos. No quiero… Bueno si se encuentra algo quiero que todos seamos testigos.

Se disponían a poner en práctica el plan del médico cuando al otro lado del puente se oyó un estrepitoso chirrido de frenos. Se volvieron, y sólo de milagro Wayne no se cayó de espaldas.

Allí estaba el deportivo bólido de Audrey.

CAPÍTULO VII

—No le reproche a ella, teniente —cacareó la periodista—. Fue idea mía venir aquí. Bueno, al lugar donde usted estuviera.

Wayne apenas pudo contenerse. Sus ojos eran dos chispeantes brasas cuando los fijó en la hermosa muchacha.

—Creía que tenías sentido común —barbotó—. No puedes pensar en serio que te está permitido meter la nariz en un asunto de la policía.

—Digamos que vine como turista. Si da la casualidad que tú estás aquí, mejor que mejor. ¡Oh, Wayne, no es ningún crimen querer estar cerca de donde tú estás!

El doctor Weinbaum refunfuñó:

—Será preferible que se queden aquí, cerca de los coches, mientras nosotros registramos. No podemos perder tiempo, hemos de aprovechar la luz del Sol.

—¿Qué es lo que buscan ustedes? —terció la reportera de chismes—. Lo crean o no, huelo un reportaje a cien millas de distancia.

—Ojalá estuviera usted a cien millas —suspiró Wayne, contrariado.

—Nos quedaremos esperando aquí, Wayne —prometió Audrey, un tanto impresionada por la seriedad de los hombres.

De modo que las dejaron junto a los coches y ellos iniciaron el aburrido, sucio y absurdo recorrido.

Había casas que tenían sótano y otras que no. Se llenaron de telarañas y polvo, y no encontraron nada. Cuando salieron a la luz era cerca del mediodía. El médico parecía muy intrigado.

—Tiene que haber algo, estoy seguro. Superstición o locura, tiene que haber algo. Los ocupantes de ese coche abandonado desaparecieron aquí… ¡Ya lo tengo Wayne! —exclamó de pronto—.

¿Dónde está el molino del que Clarke nos habló?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

El joven policía dijo:

—Al otro extremo del pueblo, doctor.

—Vamos allá.

El molino era un edificio que parecía sostenerse por arte de magia. Agrietado, con el moho apoderándose de las paredes y las grietas, era un lugar más bien sombrío.

Entraron, comprobando el abandono absoluto, el polvo acumulado en grandes cantidades.

De pronto, Wayne gruñó:

—Quietos ahí. No somos los primeros recientemente. Miren esas huellas.

Ciertamente, en el polvo del suelo se advertían unas confusas huellas de pies. Las siguieron cautelosamente. Y de pronto el joven policía se detuvo en seco y gruñó:

—No me gusta eso, teniente.

—¿Qué?

—Debería notarlo usted también —refunfuñó el médico, muy pálido—. Hay una fuerza maligna impregnando el aire aquí dentro…, algo que parece luchar contra nuestra voluntad, algo que nos repele. No tengo ningún reparo en confesar que ahora tengo miedo.

Wayne se quedó rígido, venteando el aire como un perro de muestra. A regañadientes dijo:

—Lo único que noto es ese extraño frío, como si estuviésemos en pleno invierno.

Instintivamente, Pohl sacó el revólver y balbució:

—Ustedes dirán la que quieran, pero aquí hay algo raro. Siento como si alguien estuviera espiándome desde todas partes. De las paredes, de esas muebles apolillados, desde las grietas… ¿Es posible que ustedes no lo perciban?

—Guarde ese revólver, Joyce —refunfuñó Wayne—. Si en realidad hay alguien escondido habrá tiempo de sacar la artillería.

—Prefiero tenerlo en la mano. Me siento mucho más seguro.

—Sigamos las huellas —sugirió el médico—. Estamos perdiendo mucho tiempo.

El rastro del suelo les llevó hasta la puerta del sótano. Wayne la

abrió y aparecieron unas escaleras que parecían hundirse en un pozo sin fondo.

—La linterna, Joyce.

El policía encendió la potente linterna eléctrica y envió el cono de luz hacia las tinieblas. Los escalones terminaban en un pequeño rellano. Descendieran en fila india hasta reunirse de nuevo abajo.

A la derecha había una corta galería, y más allá el sótano propiamente dicho.

Llegaron a él precedidos por el haz de la linterna. Casi castañeándole los dientes, Pohl balbució:

—¿Qué es ese hedor?

No tuvieron tiempo de responderle. La brillante luz la linterna alumbró el dantesco espectáculo y ninguno de las tres fue capaz de articular palabra, ni moverse. Casi fueron incapaces de seguir respirando.

Al fin, Pohl casi sollozó:

—¡Dios bendito…!

Había un montón de esqueletos arrojados allí. Algunos conservaban encima jirones de ropa. Otros, pingajos de carne y piel acartonada, semejante a pergamino viejo.

De pronto, el doctor Weinbaum levantó el brazo y señaló algo.

—¡Wayne!… —jadeó—. ¡Mire!

El policía creía que ya lo había visto todo en accidentada vida. Pero lo que tenía ahora ante los ojos superaba incluso las más sangrientas pesadillas.

Era el cadáver de Clarke sin ninguna duda. Conservaba su rostro casi intacto, y en él había una expresión de infinito dolor y espanto, como si hubiera contemplado algo verdaderamente horrendo.

La cara era lo único que conservaba. El resto del cuerpo estaba poco menos que descarnado, con pingajos de carne colgando aquí y allá, igual que si una manada de lobos salvajes le hubieran despedazado.

Con voz que temblaba, el médico balbució:

—¿Qué dice ahora, Wayne?

—Es… es increíble. Una monstruosidad como nunca antes tuve noticia de otra semejante…

Repentinamente, Joyce Pohl se volvió trastabillando y vomitó.

—¿Cuántos esqueletos calcula usted que hay aquí? —indagó el

médico.

—No lo sé…, quizá un centenar.

—Sin duda, son parte de los habitantes desaparecidos del pueblo.

Quedaron mirándose asustados. Wayne sintió como se le ponía la piel de gallina.

—Empiezo a pensar que nos encontramos delante de algo que hasta ahora escapa a toda comprensión. Por lo menos, a la comprensión de alguien que esté cuerdo doctor.

—Le han devorado… como él dijo que vio devorar al antiguo médico del pueblo.

Pohl se dominó a duras penas y barbotó:

—Les esperaré arriba…, eso es demasiado para mí.

Al quedar solos, el policía y el médico quedaron mirándose desconcertados, con un miedo que parecía fluir de los más ancestrales instintos del ser humano.

—Eso, doctor, no es cosa de sus vampiros —gruñó Wayne, cuando estuvo seguro de controlar la voz—. Que yo sepa, los vampiros sólo desangran a sus víctimas, no las devoran.

—Yo tampoco lo comprendo. Clarke habló de vampirismo en lo referente a su mujer y su amante. Luego dijo que había visto devorar al antiguo médico del pueblo… Si por lo menos pudiésemos encontrar los documentos de aquel médico, quizá ellos nos aportasen un poco de luz.

—Salgamos de aquí. En mi vida había experimentado lo que siento en estos momentos.

Subieron arriba. Fuera del molino, el joven policía, lívido, impedía que las dos mujeres entraran en el siniestro edificio.

Con más violencia de la que hubiera querido, Wayne barbotó:

—Te dije que esperases junto a los coches, Audrey, y la orden iba también por usted.

Audrey no replicó. Intuía que algo horrible habían vivido aquellos hombres. Pero la periodista sí pareció dispuesta a discutir.

—Teniente, no tiene usted derecho a decirme lo que debo ver y lo que no. Por si lo ha olvidado, le recordaré que soy representante de la prensa, y en este país existe libertad de información.

—He oído esa historia antes. Yo también voy a recordarle algo, señorita. Esta no es una fiesta de sociedad. Aquí no hay chismes de

los que usted suele contar en sus revistas. Este es un caso de sangre, ¿entiende? No podrá escribir sobre infidelidades matrimoniales, ni habrá nadie que se acueste con quien no debiera. Sólo hay cadáveres.

—¿Dónde?

El médico trató de prevenir a Wayne con una seña.

Pero el policía estaba fuera de sí.

—Allá abajo —bufó, señalando el molino—. A montones, si es que le interesan las emociones fuertes.

—¡Pues claro que me interesan!

Antes de que pudieran evitarlo, Theda había entrado en el ruinoso edificio.

Weinbaum refunfuñó:

—No debió decir eso, teniente. Aún no podemos permitir que eso se haga público.

—No lo hará público. Pohl, prepárese a sacar a esa mujer de ahí cuando empiece a gritar.

—Oiga…

Como si hubiera sido una señal, un lacerante aullido surgió de las profundidades del molino. Luego se hizo el silencio.

—Vaya a buscarla —gruñó Wayne.

A regañadientes, el agente entró en aquel antro. Audrey murmuró:

—¿Qué es lo que hay ahí dentro, Wayne?

—Es preferible que lo ignores, de momento. Necesitamos saber muchas más cosas antes de poder sospechar siquiera lo que ha sucedido aquí.

Joyce Pohl reapareció temblando, llevando en brazos a la periodista. La mujer se había desmayado, y estaba tan blanca como la misma muerte.

CAPÍTULO VIII

Habían revuelto la casa de arriba abajo sin hallar rastro de los documentos que buscaban.

Cuando se reunieron en el porche, el sol alargaba las sombras en la calle.

Weinbaum gruñó:

—Debieron destruirlos, de otro modo no se comprende.

Pohl encendió un cigarrillo. Estaba pálido y a cada momento insistía en comunicar por el radioteléfono lo que habían descubierto en aquel sótano.

Cuando su cigarro ardió a satisfacción, dijo una vez más:

—Permítame informar, teniente. El *sheriff* debe saber lo que ocurre. Además, puede enviarnos refuerzos con los que registrar más terreno en menos tiempo.

—No quiero más gente aquí. Y si usted informa de eso por radio, y da la casualidad que alguien ajeno al servicio lo oye, tendremos una invasión de estúpidos curiosos y morbosos. Ya informaremos más tarde.

Dio un vistazo al coche de Audrey. Las dos jóvenes estaban sentadas en él, y la periodista aún tenía la cara tan blanca como la harina.

—Hemos de hacerlo nosotros… —insistió, Wayne—. ¿Qué sugiere ahora, doctor?

—Continuar con los sótanos. Y adviertan que nos queda una hora o un poco más. Luego, será de noche.

Pohl refunfuñó:

—Todo eso que me han contado es una estupidez. Estamos en el siglo veinte, doctor.

—Y en un lugar del que la gente desapareció sin llevarse más

que lo puesto. Hemos visto el bar, con todos los licores en las estanterías. Había incluso bocadillos resecos en los expositores. Y esa tienda de ropa, con el escaparate lleno, y las casas, con cada cosa en su lugar, los armarios llenos de ropa, las camas puestas como si sus moradores hubiesen huido sin otra cosa que lo que llevaban encima… No, amigo, hay algo mucho más tenebroso en este lugar. No importa si estamos en el siglo veinte o no. Para los efectos, a causa de algo que aún no comprendemos, es como si de golpe hubiésemos retrocedido en el tiempo y el espacio hasta la Edad Media, y hará usted bien no olvidándolo.

—Está bien, ustedes llevan el mando.

—Seguiremos donde dejamos de registrar…, aquella casa grande de allí.

—Vayan ustedes, quiero hablar con las mujeres primero.

Wayne se dirigió al coche de Audrey. Vio la mirada espantada de ésta, y supo que Theda le había explicado lo que viera en el molino.

—Quiero que des la vuelta al coche, Audrey, y vuelvas a Birmingham. Nos reuniremos allí, en el hotel Las Armas, cuando sea de noche.

—¿Qué es lo que pasa, Wayne? Theda me ha dicho…

—Nos quedamos, teniente —dijo la periodista, esforzándose para que su voz sonara firme—. Por lo menos yo. Quiero tener la exclusiva de este reportaje. Aunque se sale de mi esfera, estoy segura que resultará lo más sensacional de los últimos años.

—Está usted loca. ¿No comprende que ni siquiera sabemos contra quién debemos luchar? Usted vio esos restos, allá abajo. Por lo menos uno de los cadáveres es reciente…, apenas veinticuatro horas. ¿Entiende?

—Me quedo, teniente.

—¿No se ha detenido a pensar que mañana su cuerpo puede engrosar ese montón de huesos, Theda?

Eso la hizo titubear. Pero su obstinación profesional pudo más.

—Tal vez —dijo—. Correré el riesgo.

—Afortunadamente, no puede comunicar a nadie lo que ha visto… Vete tú, Audrey. Me sentiré mucho más tranquilo.

—Te esperaré.

—¿Qué?

—Esperaré a que regreses tú también. Nos iremos juntos y podrás hablarme de lo que sucede.

La furia casi le dominó. Hubiera deseado darles de azotes a las dos.

—Muy bien, pero si alguna se mueve de aquí, de este coche, Audrey, juro que se arrepentirá. Esto no es ninguna broma, sino un caso criminal como no he conocido otro. ¿Está claro?

Ambas asintieron. Él iba a remachar sus argumentos, cuando oyó a Pohl llamándole a gritos.

Echó a correr hacia la casa grande. Lo primero que vio fue la cara descompuesta del joven policía, sus ojos alucinados y sus manos qué temblaban violentamente.

—¿Qué diablos?

—Abajo, señor.

—¿Más esqueletos?

—No.

Le guió hacia las escaleras del sótano. Abajo brillaba la luz de la linterna eléctrica.

El doctor Weinbaum se incorporó cuando les oyó llegar.

Su cara estaba muy pálida, pero al mismo tiempo reflejaba una expresión de triunfo.

Wayne se detuvo en seco, con la mirada clavada en los dos cuerpos tendidos en el suelo, sobre unas roñosas mantas.

—¿Muertos? —gruñó.

—Acérquese, teniente.

Los cuerpos pertenecían a un hombre y una mujer. Él tendría unos treinta años. La mujer no pasaría de veinte. Llevaban sólo unos harapos encima, como si el tiempo hubiera destruido sus ropas, y cuando se acercó, Wayne vio los pechos blancos de la muchacha con unas sucias manchas oscuras.

—Es sangre, Wayne —explicó el médico—. Sangre seca.

—¿Suya?

—No tiene ni un rasguño. Y mire eso…

Inclinándose, el médico separó los labios de la mujer.

Wayne soltó un sordo quejido. Unos colmillos monstruosos asomaron, afilados y brillantes. Él probó de hacer lo mismo con el hombre y el horrendo espectáculo se repitió. También aquél poseía unos colmillos que habría envidiado un lobo.

—Pero están muertos —balbució—. Helados…, helados como la muerte.

—¿Y desde cuándo le parece a usted que están muertos, teniente?

—No lo sé…

—Sólo llevan encima pedazos de tela, sin forma alguna de vestidos. Hace años que se les han destrozado poco a poco…

—Ya entiendo.

—Además, acaba de comprobar usted que su carne no está rígida. No existe el *rigor mortis* en estos cuerpos y sin embargo, clínicamente, están muertos. Su corazón no late.

—Entonces… hemos de creer…

—Hemos de creer que Clarke dijo la verdad.

Joyce Pohl susurro:

—Si eso se hace público se extenderá una oleada de pánico como no hubo otra jamás.

Se miraron espantados. Weinbaum dijo con su voz culta y controlada:

—Ahora tenemos la prueba de que *eso* existe, teniente. Nuestro problema es saber cómo destruidos.

—Si pretende que me dedique a clavarles estacas en el corazón a todos cuantos encontremos como esos dos, olvídelo. No quiero acabar como Clarke.

—Algo hay que hacer. Tenemos a estos dos, pero sin duda hay más…, muchos más. Y entre ellos ese Duque Negro del que Clarke nos habló también. Es el rey de esos engendros del infierno. Pienso que quizá, y observe que digo *quizá*, si pudiéramos exterminarle a él morirían los demás.

—¿Usted cree?

—Es una conclusión puramente teórica, fruto de mis estudios sobre el tema. Piense usted que esos monstruos son muertos en realidad, sostenidos por el poder maligno que les convirtió en vampiros. Si ese poder se extinguiera…

—Ya veo. Pero ¿cómo infiernos sabremos dónde está ese Duque, o como se llame, y cómo le identificaremos, caso de dar con él?

—Clarke mencionó a un hombre enorme y poderoso, ¿recuerda?

—Sí.

Weinbaum suspiró.

—Sigamos buscando —sugirió—. Por lo menos, localizaremos el mayor número posible de esos engendros del mal.

—Pero si durante la noche abandonan sus refugios…

—Vuelven siempre al mismo sitio. O por lo menos eso tengo entendido. Carecen de imaginación, y cuando se mueven son una especie de autómatas en cierto modo. Actúan en razón del instinto satánico que los domina. Sigamos buscando antes que se haga de noche.

Pohl balbució:

¿Y si les disparase a la cabeza? Un par de balas del 45 esparcirían sus sesos por todo el sótano.

—Y al llegar la oscuridad se levantarían, Pohl. Sólo hay una manera de…

Weinbaum se interrumpió al oír la aguda exclamación al pie de la escalera. Todos volviéronse en redondo y allí estaba Theda, mirando con ojos desorbitados los dos cuerpos. Sus ojos no se apartaban de los afilados colmillos que habían quedado al descubierto.

—Pero…, pero… ¿qué es eso, doctor? —tartamudeo.

Wayne rechinó los dientes.

—Siento la tentación de dejarla encerrada aquí hasta la noche, sólo para que lo compruebe a su costa… ¡Maldita sea su estampa! Les ordené quedarse en el coche… ¿Dónde está Audrey?

Asustada, la periodista murmuró:

—Se quedó allí…, no quiso acompañarme.

—Por lo menos, alguien conserva un poco de sentido común. Regrese junto a ella y no vuelva a desobedecer una orden mía si quiere acabar el día en paz.

—Pero esos cuerpos… parecen… parecen…

—Vampiros —dijo el doctor—. Es mejor que lo sepa de una vez. Con eso es con lo que nos enfrentamos.

Theda se quedó boquiabierta. Admitir una cosa así, desde su mente lógica y analítica, necesitaba cierto tiempo…

Wayne la sujetó del brazo y casi a empujones la llevo a la luz del día.

—Ahora escúcheme, maldita sea. Si se le ocurre dar la noticia a alguien, yo mismo la despellejaré. ¿Comprende? Si eso se hiciera público, extendería el pánico por una parte, pero atraería una

legión de fisgones hasta aquí y nadie podría ya controlar la situación. ¿Entiende lo que le digo, o será preciso que la haga encerrar en una celda?

—No informaré, teniente. Le doy mi palabra de honor. Pero cuando esto termine, nadie me impedirá publicarlo.

—Cuando haya terminado ya no importará… Si lo pública la encerrarán en un manicomio tan de prisa, que ni se dará cuenta.

Esperó hasta que Theda estuvo de nuevo en el coche en compañía de Audrey, y sólo entonces fue a reunirse con el médico y el joven policía.

Cuando el sol se hundió más allá de los montes, habían localizado más de veinte cuerpos fríos, siniestros; durmientes del sueño de la muerte.

CAPÍTULO IX

Sentados en el bar del hotel, después de una cena con el café humeando en la mesa, lo que sabían y habían visto parecía una pesadilla absurda, lejana e increíble.

Wayne expelió el humo del cigarrillo y gruñó:

—Por más que lo pienso, no veo manera de acabar con todo este delirio nosotros solos, doctor.

—Hágalo público, y acudirán a miles. El ser humano es un ente muy curioso, teniente… La morbosidad le atrae como la miel a las moscas. Estamos sumergidos en pura rutina porque hemos convertido la vida en una sucesión de actos mecánicos, sin emoción, sin sorpresas, sin otra novedad que el programa de televisión y las noticias de los periódicos. Si se les ofrece una cosa como ésta querrán vivirla de cerca, no importa lo que se les diga advirtiéndoles del peligro. Estarán por todas partes, de día y de noche. En una semana, la mayoría de los que se hayan quedado en ese pueblo maldito serán muertos vivientes como los que hemos visto, porque habrían sido atacados, y nadie en el mundo podrá destruir a toda esa legión de monstruos.

Audrey murmuró:

—En cierto modo es una suerte que sólo *vivan* de noche, Wayne.

—No sabemos casi nada de ellos —dijo el policía—. ¿Qué piensa usted, doctor? Debe haber algo que los haga salir de su letargo, o de lo contrario se habrían extendido como la peste. Creo que hay alguna fuerza extraña a ellos mismos que de algún modo, hace que vuelvan a vivir después de mucho tiempo de inactividad.

—Eso pienso yo también, aunque ignoro cómo y por qué, de pronto, reviven. He averiguado que ese pueblo era completamente normal hasta hace unos años. Nunca había sucedido nada extraño

en Karpat Point y de pronto… se desencadena el infierno.

Saliendo de su abstracción, la periodista susurró:

—Según lo que ustedes dijeron, existe una zona que comprende el pueblo desde el puente por un lado, y el bosque hasta las marismas por el otro, donde al parecer esos individuos tienen la facultad de moverse. Pero si he entendido bien, según su idea, doctor, fuera de esa zona de influencia no pueden hacer nada, no puede atravesarla. Entonces, ¿por qué no se acerca al pueblo y si es preciso se le pega fuego?

—Porque el fuego es dudoso que pueda destruirlos y porque podría extenderse a los bosques y convertirse en una catástrofe. Además, eso de la zona es sólo una idea basada en mis estudios, no una seguridad absoluta que sea así.

Theda se quedó silenciosa, pensativa, mientras Audrey apretaba entre las suyas la mano de Wayne. Con voz que él apenas oyó, dijo:

—Tengo miedo, Wayne…, un miedo espantoso.

—Tranquilízate. Aquí no puede sucederte nada. Además…

La llegada del *sheriff*, acompañado del joven policía le interrumpió.

El *sheriff* se llamaba Radford. Era un hombre alto y curtido, de mente lógica.

Tomó asiento después de los saludos de rigor y gruño:

—Pohl me ha informado de toda esta sarta de insensateces. ¿Es que se han vuelto locos todos ustedes o qué diablos pretenden?

—Si le ha contado lo que vimos, es una verdad del tamaño de un rascacielos, *sheriff* —replicó Wayne fastidiado—. No sabemos qué engendro del infierno desencadenó esas fuerzas de pesadilla, pero ahí están.

—Bueno, hombre… ¿No habrá también fantasmas envueltos en sábanas y arrastrando cadenas?

—A usted quizá le divierta, amigo mío —dijo el doctor, pacientemente—, pero si quiere comprobarlo vaya allí de noche. Durante la noche es cuando esos monstruos reviven, cazan y se entregan a sus orgías de sangre. Pero si prefiere comprobar lo que le decimos y salir vivo, espere a mañana y acompáñenos.

—Y mantenga la boca cerrada —refunfuñó Wayne—. No debe trascender una sola palabra de todo este asunto.

—Eso sí puedo jurarlo —rió el *sheriff*—. Si le contara eso a

alguien, lo más seguro es que me encerrasen en un manicomio. ¡Pero hombre! Si es para echarse a reír.

Pohl soltó un bufido, pero se abstuvo de replicar. Audrey advirtió la tensión que se apoderaba de Wayne y dijo:

—Voy a acostarme, Wayne… Acompáñame arriba, por favor.

—Claro… Disculpen.

Subieron las escaleras de madera. El hotel estaba decorado como una vieja posada y era confortable y acogedor. Audrey se detuvo delante de su cuarto y susurro:

¿Qué piensas hacer, Wayne? En cierto modo, la responsabilidad de todo esto recae sobre ti.

—Lo sé, y eso me quita el sueño. Y me preocupa también tu presencia aquí, y la de esa entrometida. Me sentiría mucho más tranquilo si…

Ella le selló los labios con un rápido beso.

—No lo digas —musitó—. Yo ya tomé mi decisión al respecto.

—¿De qué estás hablando?

—De ti y de mí.

Él esbozó una mueca.

—De modo que ya decidiste…

—Sí, querido. Soy mayor de edad, tengo capacidad suficiente para decidir por sí misma y he resuelto que te quiero, ni más ni menos.

—Debes estar loca.

Ella introdujo la llave en la cerradura y le dio vuelta.

—Un poco, sí —reconoció—. Y si no fuera porque Theda puede aparecer en cualquier momento te lo demostraría.

Él la miró al fondo de sus apasionados ojos. Y de pronto murmuró:

—¿Por qué no, maldita sea?

La abrazó y buscó su boca, y en un instante el beso se convirtió en una fuerza arrolladora capaz de elevarles a las más sublimes alturas del amor y del deseo.

Wayne la levantó en vilo, atravesó el pasillo y abriendo la puerta de su propia habitación, desaparecieron estrechamente enlazados.

* * *

—Sé que esto no durará, pero entretanto nada impide que me sienta el amo del mundo, pequeña.

Audrey ladeó la cabeza. Sus hermosos cabellos desparramados sobre la almohada aureolaban su cara como un marco de oscuridad.

Sus ojos sonreían.

¿Por qué no ha de durar? —susurró—. Digas lo digas, soy una mujer como las demás, Wayne. Y una mujer enamorada, además.

Dio la vuelta y apoyándose sobre un codo se quedó mirándole con sus ojos llenos de luz.

—Y tú también me quieres —añadió—. Te resistes a admitirlo, pero me quieres.

—Hace mucho tiempo.

—¿Lo ves?

—Pero no deja de ser una insensatez. Yo no puedo largarme a cazar tigres a la India el día que me dé la ventolera.

—Tú cazas tigres todos los días, amor mío. O tigresas, como esta noche.

Se dejó caer sobre él y sus bocas entablaron un nuevo combate, encendiendo las llamas del fuego que les abrasaba, ese fuego tan viejo como el mundo, pero renovado cada día, cada noche, allí donde hubiera un hombre y una mujer.

Más tarde, Audrey musitó:

—He de volver a mi habitación, o Theda tendrá un suculento tema para sus chismes.

—Siento tentaciones de estrangular a esa arpía, nena.

—Habrías de detenerte a ti mismo si lo hicieras.

Saltó ágilmente de la cama, su cuerpo deslumbrante reflejando la oscuridad como una figura de alabastro. Wayne murmuró:

—¿Qué hora es?

—Casi las tres de la madrugada.

Wayne iba a replicar con un afilado comentario, cuando unos apremiantes golpes en la puerta le hicieron dar un salto.

Audrey le miró desconcertada, desnuda como estaba.

—¿Quién está ahí? —gruñó el policía.

—Weinbaum, teniente. Por favor, abra la puerta.

—Un momento.

Audrey se enfundó los pantalones y la blusa sin preocuparse de nada más. Wayne saltó de la cama y vistiendo sólo el pantalón del

pijama abrió.

El médico estaba lívido cuando entró, sus espaldas.

—¡Ha ocurrido algo terrible, teniente! —dijo, tras un breve saludo—. Terrible…

Miró a Audrey como si no la viera. Luego, cayó en la cuenta de cuál era la situación, ya que vio las prendas íntimas de la muchacha tiradas sobre una butaca; parpadeó.

—Lo siento —balbució—. Lo siento mucho, de veras. Pero Theda y el *sheriff* se han ido.

—¿Cómo que se han ido?

—Esa loca… Le convenció de ir a Karpat Point para comprobar si era cierto que de noche había vampiros allí. ¡Dios bendito! Si hubiese podido adivinar lo que se proponían… Pero sólo les vi hablar en voz baja cuando me retiré, y ni por un momento pensé que…

—¿Cómo sabe que han ido allí?

—Acabo de hablar por teléfono con Pohl. Él me lo ha dicho. Viene para acá y está tan asustado como yo.

—¡Maldita sea! Deberíamos desentendernos de esos dos estúpidos insensatos…

—No puedes dejar a Theda allí, Wayne… y tampoco quiero que te arriesgues tú… ¡Oh, doctor! ¿Qué va a ocurrir ahora?

—Nada bueno con toda seguridad.

Wayne estaba vistiéndose a toda marcha.

Cuando minutos más tarde Joyce Pohl llegó, intentaron trazar una estrategia común. Sin embargo, de lo único que estaban seguros era de que tenían miedo.

Y eso no era ninguna ayuda.

CAPÍTULO X

Radford detuvo el coche a un tiro de piedra del viejo puente y apagó todas las luces.

A su lado, Theda comenzaba a arrepentirse de haber emprendido esa aventura. No obstante, preparó su cámara fotográfica con toda meticulosidad.

El *sheriff* comentó:

—Si dispara usted esa cámara, el relámpago del *flash* nos delatará, señorita.

—No tema, no habrá ningún relámpago. Va equipada con infrarrojos para tomar fotografías de noche, sin que nadie pueda darse cuenta.

—Qué cosas… Bueno, vamos a ver esa película de miedo si le parece.

—Oiga, Radford, yo vi a la pareja de durmientes, y el montón de esqueletos. Eso no es ninguna broma, ¿entiende?

—Claro que lo entiendo, pero no me pida que crea en esas tonterías de vampiros y enviados del infierno. Puede que haya un asesino loco escondido en ese pueblo, es el lugar ideal. Pero si tropezamos con él le aseguro que le haré tantos agujeros en el cuerpo que ni con toda la magia del mundo resucitará.

Theda le miró de soslayo. En cierto modo, la absoluta seguridad con que el hombre hablaba le infundía un poco de confianza, pero por otro lado temía que esa confianza fuera, quizá, lo que les llevara a una situación comprometida.

Descendieron del coche. Un silencio extraño se extendía en torno y los árboles estaban inmóviles, como si el mundo hubiera dejado de alentar.

A su pesar, el *sheriff* se estremeció.

—Pensándolo bien —gruñó entre dientes—, mejor será estar prevenido.

Volvió al coche y sacó un pesado rifle de gran calibre y tiro rápido.

Llegaron a la entrada del puente de madera. Más allá se alzaban las oscuras siluetas de las casas solitarias.

—Bueno, ¿qué esperamos? —rezongó el *sheriff*—. Vamos a esa casa donde usted dice que vio a una pareja de bellos durmientes.

—Sí…

Echaron a andar a través del puente. Bajo sus pies, algunas maderas rechinaron y ése fue el único sonido de la noche.

Radford encendió la linterna eléctrica. Era una lámpara potente que barrió las sombras a su alrededor, alumbrando un gran trecho de calle.

—Aquí no hay ni una rata —gruñó.

—Era aquella casa, *sheriff*, la grande.

—Bueno.

Siguieron avanzando. Pero ahora se sentían espiados, como si mil ojos diabólicos escrutaran cada uno de sus movimientos.

Los fríos dedos del miedo recorrieron los nervios de la periodista, que se detuvo de pronto y balbuceó:

—Me vuelvo al coche, *sheriff*.

—¿Tiene miedo?

—Sí.

—Entonces no debió haber venido… ¿Es que no comprende que estamos solos aquí?

—Hago esfuerzos por convencerme a mí misma de que no hay nadie…, de que no hay nada. Pero a cada segundo noto más profundamente una sensación de vacío… no sé… es como si alguien quisiera que yo hiciera algo determinado, algo que va a destruirme.

—Pamplinas. Eso es el miedo, ni más ni menos.

—De cualquier modo, yo no voy a entrar en esa casa.

—Está bien; espéreme fuera entonces.

Radford dirigió la luz de la linterna a la abierta entrada de la casa grande. No vio más que abandono, polvo y suciedad.

—Voy a entrar —dijo. Pero no se movió aún.

Dos casas más allá había una esquina y al otro lado un abandonado jardín invadido por altos matorrales.

Una pequeña sombra se deslizó por él.

Radford preguntó:

—¿Dónde estaba la entrada al sótano, señorita?

—A la derecha, debajo de la escalera del piso.

—Bueno…

La pequeña sombra de aquel jardín llegó a la calle y quedó inmóvil, apenas una mancha más en las tinieblas.

Detrás, al otro lado de la maraña de matorrales, otras sombras más grandes se movieron también. Una rama crujió al romperse.

Theda dio un brinco.

—¿Qué fue eso, *sheriff*? —balbuceó.

—Un animal con toda seguridad. Debe haber ratas por aquí. Gustan de vivir en lugares abandonados. ¿Qué decide, me espera aquí fuera?

—Desde luego.

—Está bien.

Decidiéndose, entró en la casona abriéndose paso con el potente rayo de luz de la linterna.

Theda miró en torno. Más que nunca advertía la irreal sensación de encontrarse en un espacio vacío, infinitamente vacío, donde no hubiera nada y, sin embargo, sabía que sí había algo.

Ahora lo notaba más fuerte. Esa impresión aterradora de sentirse espiada por mil ojos malignos. Era algo que le encogía el corazón.

No sabía cuánto tiempo llevaba esperando cuando oyó el ruido a su espalda. Se volvió, ahogando un grito.

Parpadeó ante el niño.

Un niño como de unos diez o doce años, delgado, cubierto de harapos…

No era más que un niño. Theda suspiro.

Dentro de la casa, el *sheriff* había encontrado la entrada del sótano y descendía los peldaños uno a uno, con la linterna en una mano y el rifle en la otra. El olor a vejez, a madera podrida, era allí intenso y mareante.

Llegó abajo y vio el montón de mantas viejas donde le habían dicho que vieron a los dos durmientes. Pero éstos no estaban allí, sólo las mantas.

No supo si alegrarse o no, porque si todo aquello había sido sólo una broma…

Algo crujió en alguna parte. Radford se volvió y el haz de la linterna alumbró las dos figuras.

—¡Alto ahí! —barbotó sintiendo culebrear el pánico en sus huesos.

Porque eran dos seres tan blancos que casi parecían transparentes. Un hombre y una mujer, y estaban casi desnudos, sólo con algunos jirones de ropa sobre sus cuerpos lívidos.

La muchacha no tendría más de veinte años, y si no hubiera sido por aquella blancura enfermiza de su piel habría resultado hasta bonita, con sus agudos pechos al aire, y los muslos redondos…

—¡Deténganse o disparo! —gruñó Radford al ver que se movían hacia él.

Pareció como si quisieran hablarle. Por lo menos movieron los labios.

Y entonces vio sus colmillos. Aquella boca de lobo…

—¡Dios del cielo! —balbuceó.

Dejó la linterna sobre un cajón, alumbrando las dos figuras, y empuñó el pesado rifle con ambas manos.

—¡Párense! —jadeó.

Siguieron adelante, las fauces contraídas mostrando los dientes, y sus afilados colmillos.

Temblando, Radford apretó el gatillo. El trueno del disparo retumbó igual que un terremoto allá abajo.

Ninguno de los dos cayó, y no podía haber fallado…

Movió el mecanismo de carga y disparó una y otra vez, ahora con el frenesí del pánico asediándole. Las pesadas balas pasaron a través de los cuerpos blancos, levantaron algo semejante a un polvillo brillante, y eso fue todo.

Radford dio un grito y echó a correr escaleras arriba. Llegó al zaguán dando traspiés. En la calle oyó la voz de Theda que hablaba algo que no entendió.

Salió y se detuvo como herido por un rayo.

La muchacha estaba tendida en el suelo, y había algo sobre ella. En el primer instante se le antojó una obscenidad lo que estaban haciendo. Luego descubrió que el cuerpecillo que se apretaba a la muchacha era el de un simple crío que la besaba en el cuello y sintió náuseas.

—¡Theda! —rugió.

Ella no pareció oírle.

Dio dos pasos hacia el grupo, antes de descubrir el círculo de silenciosas figuras. Entonces el pánico hizo presa en él, porque hombres y mujeres, si es que lo eran, tenían en sus caras la más horrenda mueca animal que pudo haber imaginado una mente enferma.

Tras él, la pareja del sótano surgió a la noche. La muchacha le tocó del brazo y Radford dio un salto de costado.

Oía un rumor extraño procedente de las figuras del suelo, un sonido de succión, espeluznante y aterrador.

Instintivamente, Radford empuñó su pesado revólver de reglamento y empezó a disparar contra aquella pareja diabólica…

Dando traspiés, llegó cerca de Theda. Vio un hilillo de sangre deslizándose por un lado del cuello, allí donde el niño hincaba sus colmillos. La expresión de la mujer era tensa y no parecía asustada en absoluto… gozaba, eso era. ¡Estaba gozando!

Radford desvió la vista, con náuseas sacudiéndole el cuerpo.

Vio un remolino entre el círculo de silenciosos observadores. Diríase que esperaban algo, quizá una orden, quizá su turno en el festín.

Luego se abrieron dejando paso a un ser gigantesco, la figura de un hombre cubierto por una capa negra. Radford era incapaz de moverse. Ahora, un poder invencible le dominaba, inmovilizándole.

Vio avanzar al hombre grande hasta donde estaban el niño y Theda. De un zarpazo, atrapó al crío y lo arrojó lejos de sí, como quien se libra de un parásito.

Luego, él se inclinó sobre Theda y sólo entonces el *sheriff* pudo verle la cara. Deseó gritar, aullar con todo el terror del mundo, porque el rostro de aquel hombre era la personificación del mal en la tierra. Tenía unos ojos de fuego que parecían desprender llamas.

Poco a poco se inclinó sobre Theda. Por la blanca piel del cuello de ésta seguía manando un hilillo de sangre.

De repente, él se arrojó sobre la mujer. Radford oyó una especie de rugido, una voz que no lo era, y Theda gritó con una voz aguda, lacerante. Pero no era un grito de dolor… Radford no comprendía… era más una orgía del infierno que una muerte…

Los vio debatirse en el suelo locamente, y el susurro de succión que ahora ya sabía qué significaba…

Notó las manos sujetándole y trató de luchar. El revólver no le servía de nada y lo tiró.

Entonces le sujetaron el otro brazo. Vio las fauces tan cerca que el hedor podrido que desprendían le inundó.

Silenciosos como sombras cayeron sobre él.

CAPÍTULO XI

Pohl detuvo el auto-patrulla junto al coche del *sheriff*. Aún era de noche y las tinieblas sumían el puente en una negrura absoluta.

—Están ahí —dijo el doctor Weinbaum—. Si entramos nosotros en el pueblo será tanto como entregarnos a esos monstruos.

Wayne saltó del coche y abriendo las portezuelas del de Radford dio un vistazo dentro.

—Aquí todo está en orden, incluso con las llaves en el contacto. Oiga, Pohl…, enfoque el pueblo con las luces largas. ¿Entiende? Yo haré lo mismo con los faros de este coche.

Maniobró, colocándolo junto al puente y encendió las luces.

Las dos cataratas de luz inundaron el inicio de la calle. El médico no pudo contener un grito, y Pohl sintió que le castañeteaban los dientes.

—¡Ahí están, teniente! —balbuceó.

Las figuras cubiertas de harapos, cazadas por la luz, se movían en una extraña confusión. Parecía como si quisieran huir de aquella claridad, pero sin que pudieran correr.

Caminaban pausadamente hacia las esquinas, hacia las zonas de sombra. Luego, como obedeciendo una orden, se detuvieron y una tras otras empezaron a volverse.

—¿Qué hacen ahora? —jadeó el doctor.

—Maldito si lo sé. De lo que sí estoy seguro es que no se ve ni rastro del *sheriff* ni de Theda —gruñó Wayne.

Los monstruos miraban hacia el puente. La vida pareció detenerse y de pronto el doctor Weinbaum exclamó…

—¡Avanzan hacia el puente, Wayne! Vienen hacia aquí…

—¿No dijo usted que su zona de dominio estaba delimitada precisamente por el puente?

—Esa era mi impresión… Quizá me equivoqué.

Pohl balbuceó:

—Mejor larguémonos de aquí, señor…

Sin hacerle caso, Wayne gruñó:

—¡Maldita sea! Estamos detrás de los faros, de modo que no pueden vernos. Y sin embargo, *siento* que me miran… ¿No lo nota usted, doctor?

—Sí, sí…, pueden vernos con toda seguridad.

Las figuras rígidas se detuvieron al otro extremo del puente. Entonces pudieron captar algunos detalles más, puestos de manifiesto por la claridad de los faros.

—¡Los ojos, doctor! —musitó Wayne—. Parecen llamas.

—¡Mire, allá atrás, Wayne!

—Ya lo veo.

Una figura gigantesca se acercaba al corro de silenciosos cuerpos blancos. Se dieron cuenta de que el hombre grande se movía con absoluta soltura, no parecía un autómata como los demás.

Cuando se detuvo delante de sus servidores, pudieron ver también el fuego diabólico de sus ojos, aquel fulgor terrible y poderoso capaz de dominar el mal.

De repente, Pohl soltó un gemido y echó a andar hacia el puente.

Wayne le gritó que se detuviera. No pareció siquiera oírle.

—¡Deténgalo! —gritó el doctor—. ¡Le ha dominado!

Wayne corrió detrás del joven policía y le alcanzó cuando ya entraba en el puente.

—¡Párese ahí, Pohl! —rugió.

Ahora él también notaba la influencia poderosa de aquel ser que trataba de atraerles apoderándose de su voluntad.

Pohl forcejeó para desprenderse de la garra de Wayne. Murmuró algo incomprensible y luchó por continuar adelante.

Wayne tomó impulso y le descargó un trallazo al mentón que lo levantó del suelo. Cuando cayó estaba inconsciente.

Lo arrastró apresuradamente hacia los coches. Advertía una feroz presión en su cerebro, como si se lo oprimieran con una tenaza. Era algo semejante a una llamada que no procediera de ninguna parte y que sin embargo estuviera dentro de sí mismo, en el aire que respiraba, en cada uno de los latidos de su corazón.

—¡El coche…! —jadeó—. ¡Póngalo en marcha, doctor…!

—No… No puedo…, Wayne… ¡Wayne…, ayúdeme…! Soltó a Pohl al otro lado de los coches y se volvió, tambaleándose. Weinbaum se arrastraba hacia el puente semejando un gusano.

—¡Dios…, no es posible!

Aquella presión en el cerebro era cada vez más violenta. Era un dolor agudo, lacerante, una atroz desgarradura que sólo se calmaría pasando el puente. Lo sabía. Ignoraba cómo podía saberlo con tanta certeza, pero ese dolor sólo se calmaría allá delante…

—¡Doctor!

Corrió a trompicones. El médico se levantó, rígido, a punto de atravesar el puente.

Wayne le agarró por el brazo.

—¡Atrás, doctor! Él está dominándonos…, debemos resistir, pensar en otra cosa… no piense en ese engendro del infierno…

El viejo médico se desprendió de él violentamente.

Wayne quedó helado al darse cuenta de la extraordinaria fuerza que de pronto parecía poseer el anciano.

—¡Maldito, maldito seas! —barbotó.

Con mil cuchillos lacerándole el cerebro, descargó un seco trallazo contra el médico, tirándolo de espaldas. Luego, gimoteando como un demente, le arrastró hasta tirarlo dentro del coche.

Tambaleándose, casi delirando, consiguió arrastrar a Pohl hasta arrojarlo sobre el doctor, cerró las portezuelas y sentándose al volante arrancó.

Apenas veía y al dar la vuelta chocó violentamente contra el coche del *sheriff*. Pero logró enfilar el camino y aceleró dando tumbos. Lo último que vio allá atrás fue la figura del hombre grande que atravesaba el puente como si quisiera seguirles…

CAPÍTULO XII

Lucía el sol cuando de nuevo detuvo el coche junto al de Radford. Pohl y el médico se apearon deteniéndose a la entrada de aquel puente que parecía una frontera. La frontera que separase el bien del mal.

Wayne se reunió con ellos y gruñó:

—Bueno, doctor, ¿qué hacemos ahora?

—Buscar. ¡Condenación! Debemos descubrir dónde se oculta aquel demonio que vimos anoche.

Pohl barbotó:

—¿Y si nos vence de nuevo? Anoche estuvo a punto de obligarnos a hacer lo que él quería…

—Durante el día no tiene poder, Pohl —dijo el médico—. Por lo menos, eso creo.

—No sería nada divertido que estuviera usted equivocado, doctor.

—No creo estarlo. De todos modos, hemos de buscar a Theda y al *sheriff*, suponiendo que haya quedado algo reconocible de los dos.

—Empecemos por la casa grande —propuso Wayne—. Así sabremos si cuando se mueven cambian de lugar o no.

Así que echaron a andar. Atravesar el puente y verse al otro lado, allí donde empezaba el reino de los muertos, les produjo una sensación de vacío infinito.

Pohl exclamó:

—¡El revólver del *sheriff*!

Lo recogió del suelo y comprobó que estaba descargado. Todos los cartuchos habían sido disparados.

Se quedaron parados unos momentos delante de la puerta de la

casa grande, abierta de par en par. Pensativo, el doctor dijo:

—Escuchen, se me ocurre que ese engendro del mal, ese diabólico ser infernal que vimos anoche, posee el poder absoluto sobre su legión de vampiros… Lo que quiere decir que posee también una mente diferente, poderosa y astuta. ¿Comprenden? No sabemos la naturaleza de ese monstruo, pero haremos bien estando prevenidos. Incluso aletargado por la luz del día, su mente puede que conserve su poder si uno llega cerca de él. ¿Comprende, Wayne?

—Creo que sí. Usted quiere decir que incluso dormido en ese letargo diurno, puede dominarnos.

—Por lo menos, lo intentará a mi modo de ver.

—Pues sí que es toda una perspectiva.

Al fin se decidieron a entrar en la casa, descendieron al sótano y la luz de la linterna les arranco un grito de espanto.

La pareja semidesnuda estaba allí, sobre las mantas, enlazados como si el día les hubiera sorprendido en la cúspide de una orgía diabólica.

Pero cerca del rincón había dos cuerpos más. El de Theda, blanca como la harina, y el del propio *sheriff* Radford.

Las ropas de Theda estaban hechas jirones y su cuerpo aparecía casi desnudo, lleno de arañazos que no habían sangrado.

Weinbaum se arrodilló a su lado. Con un dedo rígido señaló las marcas gemelas en el cuello de la mujer. Las había semejantes en el de Radford.

—Ya no cabe la menor duda, Wayne —balbuceó estremecido.

—No parecen muertos, maldita sea… Mire, la mujer aún conserva un poco de color en las mejillas.

—Levántela, Wayne, y sáquela a la calle —dijo el médico de pronto.

—¿Para qué?

—No tema, no le hará ningún daño. Su corazón no late.

Vacilante, Wayne se inclinó sobre ella y le levantó primero los párpados. Los ojos eran dos simas sin fondo, semejantes a globos de cristal. Luego, le descubrió los dientes, y casi pegó un brinco al ver los salvajes colmillos afilados como puñales.

—Sáquela a la luz —insistió Weinbaum.

La levantó en brazos. Se asombró de lo liviana que era. Caminó

con ella a cuestas advirtiendo que el cuerpo no estaba rígido en absoluto.

Mientras subían las escaleras, Weinbaum dijo:

—Ahora es uno de ellos. Quiero comprobar hasta qué punto ese letargo mortal les protege del día.

Apenas salieron a la calle, todo el cuerpo de Theda sufrió una atroz contracción, como si fuera a descoyuntarse.

—¡Suéltela, Wayne!

Él la dejó en el suelo. Un gruñido salvaje brotó de la garganta de la mujer y ésta empezó a reptar hacia la casa de nuevo.

—¿Se da cuenta, Wayne? ¡Puede moverse, huir de la luz, y sin embargo su corazón no late, está muerta!

Wayne tenía la piel de gallina. Oía el continuo gruñido animal de aquella mujer, que se arrastraba como un gusano dejando tiras de piel en las piedras de la calle. Sin embargo, no brotaba una gota de sangre de los rasguños.

Al fin llegó a las escaleras y se precipitó por ellas dando tumbos. Cuando llegó a la oscuridad del sótano, dejó de gruñir y de moverse y quedó allí, inerte quieta.

Los tres hombres volvieron a la luz del sol.

Se miraron espantados, sus caras lívidas como la muerte.

—Hay que encontrar al maldito Duque Negro —dijo el médico —. Así lo nombró Clarke, y ahora sabemos que él sabía de qué hablaba. ¿Dónde creen que pueda ocultarse? Tenemos que reflexionar, Wayne, porque el tiempo corre a su favor.

—¿Y qué quiere que le diga, doctor? A mí me adiestraron para cazar criminales, no para dedicarme a cazar vampiros. Ese hombre gigantesco puede hallarse en cualquier parte. Usted mismo reconoce que es astuto, inteligente. En cierto modo es el Rey de los Muertos, ¿no? El Rey de esa muerte que no lo es…

—¡Un momento! Creo que acaba de dar en el clavo, teniente.

—¿Quién, yo?

—El Rey de los Muertos… ¡El cementerio, Wayne!

¿Cómo no se nos ocurrió antes?

Pohl tragó saliva.

—Oigan —barbotó—. Si no temiera más quedarme solo, maldito si pondría los pies en el cementerio. Porque se proponen ir allí, ¿no es cierto?

—Y ahora mismo.

—Supongamos que ese demonio esté allí —añadió el joven policía—. ¿De qué nos servirá encontrarlo? Ustedes dicen que no se pueden matar a tiros. Entonces, ¿qué?

Weinbaum y el teniente cambiaron una mirada.

—La vieja receta —dijo el médico—. La cuestión es ¿quién lo hará?

El aludido sintió el frío del horror penetrarle hasta el tuétano de los huesos.

—Alguien habrá de hacerlo, si le encontramos.

—Sí, claro.

—Vamos.

Atravesaron el pueblo muerto. La quietud, la nada absoluta que les rodeaba, les infundía la sensación de ser ellos los únicos seres vivos de este mundo.

El cementerio cubierto de hierbajos apareció en la ladera de la colina. Tampoco allí había ni un soplo de aire. No se movía ni una brizna de hierba.

Joyce Pohl miraba a todas partes con ojos inquietos.

Sabía que el revólver no le serviría de nada, y no obstante apoyaba la mano en la culata como si así quisiera cobrar confianza en sí mismo.

Se detuvieron junto al enorme panteón, allí donde una gran mancha de sangre había empapado la tierra.

—¿Ahí dentro, quizá? —insinuó Wayne.

—Pudiera ser. Hemos de empezar por algún sitio, y este es el panteón más grande.

Wayne examinó la reja. Había una anticuada cerradura herrumbrosa como si no se hubiera movido en siglos.

—Hay que abrir esto… Dispare un tiro ahí, Pohl. Procure que la bala no le rebote en las narices.

Fueron necesarios dos disparos para que la cerradura cediera. Abrieron la verja, que rechinó lastimeramente.

Entraron. Había un recinto con nichos en las paredes. En cada uno de ellos había un ataúd de vieja madera.

—¿Hemos de abrirlos todos? —balbuceó Pohl.

—Miremos todo lo demás primero…

Al fondo se abría una cavidad y había unos escalones. Los

bajaron, alumbrándose con la linterna.

La cripta era de piedra y rezumaba humedad. Un hedor horrible flotaba allí dentro, y en el centro, sobre un sólido pedestal de roca viva, estaba el enorme ataúd, cerrado y sellado.

—¿Cree usted, doctor…?

—Mire esos sellos. Son indescifrables a simple vista, pero tan antiguos como el primer vampiro que haya existido. ¡Hay que abrirlo, Wayne!

—Muy bien…

Comenzaron a forcejear. Una hora más tarde no habían conseguido nada.

—¡No puedo! —jadeó Pohl.

Y echando a correr salió de la cripta.

Le siguieron, agotados, con un temor oscuro anidado en el corazón.

—Necesitamos herramientas, Wayne. Y si el monstruo está en el ataúd necesitaremos una estaca y un mazo. ¿Comprende?

—Sí… Pero ¿quién lo clavará? Clarke se volvió loco por hacer eso.

—A nosotros nos asiste la razón, teniente. De nosotros depende la paz. Incluso los muertos en vida nos lo agradecerán.

—Sí…, pero ¿quién…?

—Usted, o yo… ¿qué más da? ¡Pohl! Vaya a la vieja casa del guardián. Debe haber martillos, escoplos, o un pico. Algo con lo que forzar los sellos y los cierres. ¡Aprisa!

Wayne encendió un cigarrillo con dedos que temblaban.

—Presiento que él está ahí, doctor —dijo de pronto.

—Yo también. Pero no podemos confiarnos. Ese ser posee el poder del mal. No se dejará vencer sin lucha.

—Pero es de día… Usted afirma que durante el día son impotentes, no pueden moverse.

—Moverse, no. Pero si ese engendro del infierno tiene el poder que yo le supongo, posee también una mente terrible.

—Ya veo…

Pohl, regresó con un enorme martillo y unos escoplos.

Volvieron a la cripta y Wayne comenzó a golpear los sellos. Cuando se rompió el primero resonó como una sorda explosión. Luego, hizo pedazos todos los demás y rompió también los cierres

de bronce.

Se miraron aturdidos. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Wayne y el doctor levantaron la pesada tapa del ataúd.

El Duque apareció ante ellos, con los ojos abiertos y llameantes, demoníacos. Era un hombre de edad mediana, cabellos grises y poderosa complexión. Los cabellos esparcidos por la almohada de raso del ataúd parecían guedejas de seda.

Los ojos giraron poco a poco, fijándose uno a uno en los tres horrorizados hombres que le miraban aterrados.

Se clavaron al fin en Pohl. De algún modo misterioso, aquel ser de las tinieblas sabía que aquélla era la mente más débil, la voluntad menos resistente.

Weinbaum gritó:

—¡Apártese, Pohl!

El mismo se echó atrás. Pohl se volvió y sacó el revólver con gestos torpes.

Wayne brincó y de un puntapié pudo desarmarle antes que disparara contra el médico. Luego, le golpeó ferozmente hasta derribarlo sin conocimiento.

Jadeando, balbuceó:

—Tiene poder hipnótico, ¿no es eso, doctor?

—Es algo mucho más poderoso… no nos dejará acercarnos a él, el maldito…

—¡Salgamos! Pohl necesita ayuda.

Lo sacaron de la cripta, dejándolo tendido sobre la hierba. Wayne gruñó:

—Hay que acabar con esa maldición, doctor. Una estaca y habremos vencido…

—¿Se atreve usted?

—¡Sí! Por Dios que sí, ahora que le he visto.

—Yo la prepararé, pero no se quede usted solo dentro. Esos ojos, santo cielo…, esos ojos…

—Esperaré aquí, doctor.

Pohl comenzó a rebullir y acabó sentándose en el suelo.

—¿Qué pasó? —balbuceó aturdido.

—Hube de golpearle, Pohl.

—¿Por qué? Ya lo teníamos… ¿Qué fue lo que paso?

—Iba usted a disparar contra el doctor.

—¿Yo?

Casi se levantó de un brinco.

—Aquel demonio le dominó, Pohl. Ese es su poder. No estoy muy seguro de que podamos acabar con él…

El sol inició su ocaso cuando el médico reapareció con una afilada estaca en la mano.

CAPÍTULO XIII

Se detuvieron al lado del sólido féretro y las pupilas rojas del Rey de las Tinieblas giraron en su busca. Wayne apartó la mirada de aquellos ojos tan poderosos como el infierno.

—Ahora, Wayne —musitó el doctor. El policía levantó la estaca.

En su cerebro resonó una voz atronadora, poderosa y dominante.

No te atrevas, maldito. Aléjate de mí.

Wayne sintió correrle el sudor por todo el cuerpo.

Un sudor frío y viscoso. Mantuvo la estaca levantada con la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba el pesado martillo.

No puedes nada contra mi poder —retumbó la voz en su cerebro.

Tras él, Weinbaum gritó:

—¡Mátelo, Wayne, mátelo, ahora es el momento!

Luchando contra una fuerza colosal, Wayne apoyó la punta de la estaca en el fuerte pecho de aquel ser de otro mundo.

—¡No vacile! —gritó el médico.

¡Detente, soy más fuerte que tú!

Aquella voz… no podría hacerlo… no podría…

—¡No puedo, doctor, no puedo…! —sollozó.

—¡Por Dios! Es nuestra última oportunidad. Escuche, Wayne, piense en Audrey…, piense en ella. Podrán convertirla en otro monstruo como Theda…, otro ser sediento de sangre y de muerte… ¡Lo harán teniente, si consiguen extenderse fuera de aquí!

Rechinando los dientes, luchando contra aquella fuerza del infierno, Wayne descargó el primer martillazo contra la estaca.

La sintió penetrar en aquel cuerpo. La boca del Duque se abrió

espasmódicamente y un aullido espeluznante brotó de sus fauces, semejante al aullido de un lobo en la noche de los tiempos.

Wayne golpeó otra vez. Todo el cuerpo se agitó ahora, y las manos convertidas en garras se cerraron, sobre la izquierda de Wayne que sujetaba la estaca. Las uñas le desgarraron la carne y el dolor le arrancó un gruñido.

Golpeó furiosamente. El martillo subió y bajó una y otra vez, y el manantial de sangre que brotaba de la herida le salpicó las manos y el cuerpo y un hedor repugnante como ningún otro casi le echó atrás.

Dio otro martillazo, con la cabeza estallándole de dolor y náuseas. La sangre se volvió de pronto negra y corrompida, apestando a heces y a podredumbre. Surgió como un negro géiser y le salpicó la cara casi cegándole.

Dio un último martillazo antes de echarse atrás, semiinconsciente, balbuceando palabras absurdas, mientras ante sus ojos espantados se producía una horrenda metamorfosis.

La cara tersa y sonrosada del Duque se descompuso en un segundo. Se arrugó, se volvió amarilla y luego se deshizo en medio de un jugo pestilente. Sus dientes y encías quedaron al descubierto, y luego los dientes, y los afilados colmillos se desprendieron de la calavera y la piel cayó como un pedazo de papel reseco. Largos mechones de cabellos se desprendieron también por encima de la almohada. Los dedos quedaron en puro hueso y luego los huesos se convirtieron en polvo. El traje que había cubierto el cuerpo se aplastó contra el fondo del ataúd cual un globo que se deshincha de golpe.

Y hasta la tela de aquellas ropas se desintegró materialmente, y sólo entonces Wayne pudo apartar la mirada de aquel horror.

Weinbaum balbuceó:

—Lo conseguimos, Wayne…, lo conseguimos…

Tomó al policía por el brazo y le condujo al exterior. Wayne se dejaba conducir como un niño torpe y desvalido. Estaba blanco como la cal, y negras manchas sangre corrupta salpicaban su cara.

Pohl se enderezó al verlos aparecer. Soplaba un suave viento, tibio, que venía de los pantanos trayendo efluvios de una naturaleza viva y perfumada.

—¿Qué ha pasado, doctor? —barbotó el joven policía.

—No pregunte ahora… ¿No advierte el cambio, Pohl? El viento sopla entre los árboles…, mire la hierba como se mueve.

—Sí, pero allá abajo…

—Ya no hay nada. No hay nadie. Ayúdeme a sostener al teniente o se nos caerá al suelo.

Tan sólo una hora más tarde Wayne empezó a reaccionar.

Para entonces los cabellos de sus sienes eran completamente blancos.

Después, en la noche, en el salón del hotel, con sendos cafés sobre la mesa y saboreando unos buenos cigarros, Wayne y el doctor informaron a Pohl de los detalles.

Sorbieron el café cuando ya no hubo nada que explicar.

Ninguno parecía tener mucho que hablar después de todo aquel horrendo episodio.

Audrey, suave y tiernamente, tiró de la mano de Wayne y susurró:

—Vamos arriba, querido. Necesitas descansar después de lo sucedido.

—Sí…, y te necesito a ti. Eso sobre todas las cosas.

—Te necesito para saber que aún estamos vivos, que el mundo puede sonreír otra vez y que todo eso no ha sido más que un mal sueño.

Se fueron enlazados por la cintura. Tal vez con el tiempo pudieran convencerse de que todo había sido un sueño o una pesadilla.

Pero esa noche, no.

Esa noche, la prueba del espanto estaba justamente en las blancas sienes de un joven teniente de policía de apenas treinta años…

Pero, por lo menos, el mal había dejado de existir.

F I N